



**PERSPECTIVA DEL MONUMENTO A VARELA.**

(Fotó de la Oficina de P. e I. del Municipio)

Interesante vista de la plazuela formada por la bifurcación de la Avda. Brasil, Bulevar Artigas, la calle Canelones y la flamante Avenida Ponce, en cuyo centro está el monumento a José Pedro Varela.





Al mediodía devoramos nuestras pitanzas, al sol como los lagartos, besados por el aire tibio y aromático.

## LA GEOGRAFIA EN LA ESCUELA UNA EXCURSION AL AREQUITA

UNA de las muchas contradicciones de la educación contemporánea radica en el creciente empeño que manifiesta por estudiar la naturaleza fuera de la naturaleza misma. Tanto en la escuela como en la Universidad se recurre al libro ilustrado, al *film strip*, al cinematógrafo, a cien modos amenos de acercar a la clase una imagen veraz del mundo, olvidando que el contacto directo con un solo fragmento de ese mundo es más provechoso que todas las representaciones indirectas de los elementos, de la fauna y de la flora.

El gabinete y el libro han emancipado al hombre, es verdad, pero lo han esclavizado también. Hoy sentimos ecos y no voces; las clasificaciones aprendidas en las aulas o en largas horas de estudio afanoso descuartizan la unidad ingenua y primitiva de las cosas: caminamos entre los árboles y las flores como robots llenos de números y de categorías, de cuadrículas y casilleros. Un velo teórico se interpone entre la naturaleza y la humanidad culta y así, de abstracción en abstracción, en vez de penetrar en las esencias últimas, vamos olvidando el vínculo mágico que nos ataba a la vibración integral del universo.

Tanto la escuela como la Universidad nos preparan para convertirnos en seres altamente soriables, para adaptarnos a las creaciones de la civilización material y de la cultura espiritual, para hacernos duchos en las estrategias ciudadanas del diario vivir, pero ambas nos condenan, irremediablemente, a perder nuestra patria terrestre y a sustituir la naturaleza por un conjunto de símbolos.

Y esto sucede de modo particularmente acentuado en las ciudades de América latina, un continente que posee una corteza costanera de urbes y una pulpa salvaje de territorios clamorosos y originales que aún tiemblan bajo el soplo de Jehová. Tanto en Europa como en Asia y África la educación se cumple concediendo a la naturaleza y al conocimiento inmediato de la misma una jerarquía superior, una participación casi cotidiana.

Tomemos el ejemplo de la enseñanza de la geografía en la escuela y en el liceo uruguayos para confirmar las anteriores afirmaciones.

El concepto didáctico de la geografía es en nuestros días muy distinto al de veinte años atrás. Antes se recitaba alfabéticamente la división provincial de cada país, se repetía de memoria las alturas de las montañas, se recordaba al detalle el número de habitantes de la ciudades y los accidentes de las costas. Un enorme nomenclator toponímico y onomástico ocultaba los valores globales de una geografía regional, atenta al factor humano, preocupada por los condicionantes internos y externos del relieve, dedicada al estudio de las simbiosis entre el espacio natural y el paisaje cultural, descriptiva e interpretativa a un tiempo, estática y dinámica a la vez.

Eric Dardel en su bello ensayo *"L'homme et la terre"* (París, 1952) dice que la geografía, temporalización de nuestro ambiente terrestre y espacialización de nuestra finitud, se orienta, más que al saber y a la inteligencia, al hombre mismo como persona y sujeto. Ya con otras palabras había expresado parecido concepto Saint Exupéry: "la tierra nos enseña acerca de nosotros mismos más que todos los libros". Y, cuando no se sabía lo que era geografía, Lao Tszé, el filósofo chino de la plenitud cósmica del Tao, señalaba que "el verdadero sabio, conocedor de la Ley de la Espontaneidad, nunca se opone a ella, sino que la sigue y llega de este modo a dominar los fenómenos de la Naturaleza".

El aprendizaje de una geografía así concebida, la única posible por otra parte, no puede efectuarse solamente en el salón de clase. Es menester que el alumno se sumerja en los espacios libres donde la piedra, la planta y el agua hablan con un lenguaje de estremecida inmediatez, con un balbuceo de sibila telúrica.

En Francia los escolares y los liceales van frecuentemente al campo, conducidos por profesores familiarizados con la natu-

raleza. Podrá un francés ignorar muchos detalles del habitat amazónico, apenas sabrá donde se halla situado el Uruguay, pero conoce de modo viviente y amoroso su "pays" tradicional, su región histórica, su patria apacible. En el Uruguay, en cambio, los alumnos de secundaria estudian al detalle el relieve del desierto del Sahara, describen concienzudamente el *erg*, el *reg* y la *hammada*, pero desconocen de modo lastimoso, en teoría y en práctica, el territorio nacional. Y como digo alumnos puedo decir educadores y profesionales, políticos urbanos y población cafetera, futbolística e hipica de Montevideo.

En Etiopía, donde la enseñanza lucha con ingentes dificultades, el estudio de la geografía comienza por el conocimiento acabado de la localidad y regiones adya-

centes. Emociona leer en el programa escolar etíope frases como ésta: "el maestro ayudará a los alumnos a confeccionar un arcilla, fuera del local escolar, una producción sumaria del distrito". La misma agudeza el ingenio. A falta de mapas didácticos supercivilizados, que a veces esquematizan de modo arbitrario la realidad del caso concreto, el etíope recurrirá al barro de la creación para fabricar mapas y programas regionales.

En Ceylán el escolar se inicia estudiando nociones elementales de geografía recorriendo los campos y aldeas la alienación, el vestido y la vivienda de las aldeas visitando los mercados del distrito, haciendo mapas de los lugares donde se cultivan la tierra y florecen las comunidades humanas. Todo sobre el terreno, acariciando con "tacto fervoroso", como diría Celso, las presencias terrestres, las obras geológicas, las síntesis geoculturales.

En los programas escolares de India se da por parte del estudio de la casa y el vecindario, se pasa por el análisis de las tradiciones y costumbres locales y se desemboca, luego de "visitar los lugares interesantes", en la geografía física, económica y humana de la isla respectiva: Java, Sumatra, Timor, Borneo, etc.

Nuestros programas escolares también exigen, aunque esto no se practique, el estudio concreto de la geografía. En la escuela rural, con un maestro sensible y bien dotado, pueden obtenerse resultados excelentes. Pero en la escuela urbana, sitiada por la muralla ecológica de la ciudad y sin rubros indispensables ¿qué tropiezos han de sonar para que caigan las piedras, la cal y el canto de la novísima geografía?

En el liceo, para remachar este panorama aberrante, la carreta va antes que los bueyes. Véase, si no Primer año: nociones de geografía general, Europa, Asia, Oceanía y regiones polares. Segundo año: África, América y, al final, el Uruguay, estudiado a todo galope y con el agua en la tercera reunión al cuello, sin hacer excursiones, utilizando mapas deficientes, textos condensados como pildoras. Tercer año, y sin sanción: geografía física y humana del orbe, donde, entre nuevas abstracciones, naufraga definitivamente la desdichada geografía nacional. En resumen, tres años de geografía ecuménica y dos meses de geografía uruguaya que, con frecuencia, son sólo dos o tres semanas de marchas forzadas, a rajacintas y tamboriles. ¿Puede pedirse mayor contrariedad de sentido?

Esto traduce un espíritu cosmopolita muy peligroso, común en la mayoría de los uruguayos. El territorio nacional nos parece un ente vago, tenue, secundario. Se sueña con el viaje a Europa, con la beca de los Estados Unidos, con las vacaciones en Río. Pero al país se le desestima por lo que se le ignora; se le relega en los cursos de enseñanza oficial; se le cita asociado a la palabra turismo pero nunca unido a la palabra amor, al amor que no es patriotismo ni nacionalismo sino el sentimiento "che muove il sole e l'altre stelle".

Carecemos de ese sentido unamuniano del terreno, de esa nostálgica cuerda que pulsó el galaico llanto de Rosalía de Castro, de esa heroica unción castellana de Antonio Machado. Y si no amamos la tierra no esperamos el milagro de la poesía ni el fervor colectivo de los renacimientos.

Sin embargo yo tuve la alegría de participar en una excursión organizada por la Directora de la escuela Italia, la señorita Graciela Barbot Pou, una mujer tan talentosa como modesta, una maestra poseída por la ardiente vocación de su oficio, que ha encarado la educación geo-



En la maraña que tapiza los flancos del cerro reina una oscuridad perpetua, una humedad fragante y elemental.



El "guardián" de la gruta levanta su mano sobre la piedra, como un predicador, en la claridad de la mañana.



gráfica del niño con sentido espiritual y experimental a un tiempo. Esta excursión, que yo dirigiría más como enamorado de la naturaleza que como profesor de geografía, se planeó en el afectuoso ambiente de la escuela, entre niños y niñas de sexto año, con la participación fundamental de maestras responsables y eficaces, formando todos una fraterna mesa redonda de expectativa entusiasta. Y así fue como un luminoso día de mayo, el simbólico 18 precisamente, partimos a la búsqueda del cerro de Arequita.

Cuando llegamos al cerro recién comenzaba a evaporarse el rocío. La enorme mole de pórfido, encallada en un banco de calizas marmoleideas, dormía en el regazo de la mañana. Sólo los buitres de cabeza pelada, girando en el cielo como oscuros planetas, vigilaban el lento despertar de los perfumes y de los bosques serranos. El rosado lomo del monstruo volcánico se recortaba sobre el cielo con nitida pujanza, se empujaban los acantilados de sus costillas de filita, y su sangre subterránea hacia temblar el paisaje con los latidos de un corazón solemne y poderoso.

Para los niños fue aquello un deslumbramiento. ¡Qué silencio y cuantas revelaciones a la vez! El cerro expresaba sin circunloquios su mensaje plutónico. La más lejana edad del mundo, la era protozoica —cuando no había vida orgánica aún, cuando la creación levantaba entre relámpagos y truenos las catedrales de la roca pura— estaba ante nosotros. La piedra monumental y desnuda, engarzada en la flora de carotás, arueras, helechos y romerillos, cubierta por una túnica blanquecina de líquenes, decorada por un catarrio agreste de corolas rojas y amarillas, le hablaba directamente a nuestros sentidos y a nuestra intimidad.

Primero hubo un anonadamiento colectivo, una contemplación absorta y mística de aquella musculatura que trepaba en el espacio, pero luego se encendió el fuego de la humana estirpe y todos, niños y grandes, partimos a la conquista del Arequita y de su marsupio de tinieblas.

El programa de la excursión señalaba, por la mañana, la visita y exploración de la gruta, y por la tarde, la ascensión a la mesetiforme cumbre del cerro. Y en todo momento se debía recoger y guardar en los morrales el material lítico, botánico y entomológico tan generosamente ofrecido por esa naturaleza abierta en flor y condensada en fruto.

El descenso a la gruta fue para los pequeños toda una aventura. En fila india, sin remilgos, intrépidamente, saltando como agua que se despeña, entraron en la oscura Lodoga geológica. Hacia calor en el vientre del cerro. Las sombras eran densas, casi carnales. Los dedos de luz de las linternas arañaban las paredes sudorosas, arrancaban metálicos reflejos al agua estancada en un charco inmemorial, se adentraban en las fisuras del techo, pero no disipaban el velo de tinieblas. Un religioso cuchicheo había sustituido las voces frenéticas del aire libre. Los genios de la oscuridad imponían su ley. Se sentía por momentos el tic-tac del reloj humano de los corazoncitos subyugados por las potestades misteriosas. Entonces les expliqué a los niños, con sencillez, hechizado también por la atmósfera de subterráneo sigilo, los secretos de la espeleología. Corroborando mis palabras, desde un rincón remoto contestaban las gotas de agua de infinita paciencia que excavaban y cariaban el hueso mineral de la tierra. Esa agua, aliada de los siglos, imperturbable e invencible, esa agua que en el mar combate, que en el cielo forma ciudades fantásticas, que en los valles corre



¡Arriba corazones! Y la tribu feliz, con energía unánime, se lanza a la conquista del viejo Arequita.

agitando sonajeros azules, era la piqueta que horadaba el cerro volcánico, la serpiente oculta que se deslizaba por las napas del nivel freático, la transparente diosa de los manantiales, la fiel hermana de las raíces, el fantasma tembloroso de la gruta, la pupila de aquella tiniebla vidente que nos palpaba con sus ojos de mucilago.

Cuando salimos al sol teníamos todavía adheridos a nuestro cuerpo y a nuestra alma fragmentos de sustancia nocturna y tuvimos que sacudirnos con animalidad instintiva para librarnos del caliente y demoníaco beso de la tierra.

En el año 1883, cuando Daniel Muñoz, el inolvidable Sansón Carrasco, visitó la gruta, la misma era un cuartel de murciélagos. Hoy, setenta y un años después, convertida en un lugar de turismo y hollada de continuo, está totalmente deshabitada, sola de solemnidad, condenada al eterno destino de la invasión curiosa y del silencio anterior al líquen y a la testia, al amor y a la muerte.

A las doce engullimos nuestros fiambreres, tendidos bajo el sol como lagartos, acariciados por el viento tibio, rodeados de aromas y de pájaros. El alma de los niños, el alma verdadera, angélica y pánica de los niños, salía también a tomar el sol, igual que los caracoles, mostrando los cuernitos tímidos primero y surgiendo

graciosa y decidida después. La naturaleza nos desnubaba a todos, nos hacía más francos, más profundos, más cordiales. Una hermandad sin convenciones nos unía, un aliento tácito daba a nuestras palabras y a nuestros gestos una adecuación absoluta con lo que sentíamos. Estábamos contentos con la vida. Era hermoso vivir. Un inmenso presente nos conciliaba con las cosas, molía con su dorada piedra los dolores del ayer, nos hacía olvidar la palabra mañana. Ahora que teníamos la barriga llena y el corazón contento nos sentíamos dueños del mundo, amos de los paisajes, criaturas libres y luminosas de un universo justo y feliz. Eso duraría ¡ay! unas horas solamente, pero daba gusto paladear esas horas. Y mientras tanto, empuñada allá en lo alto, la cumbre los esperaba como una incitación y un desafío, como un mástil y una bandera.

¡Arriba, arriba, arriba! Este es el grito de la turba dichosa que se lanza a la conquista del cerro. Avanza el ejército de enanos, sube como las lianas, como una espuma incontenible. Cuando algún chiquito se encuentra con una roca que frena su entusiasmo, allí hay un hombre que por la noche estará molido pero que en el instante sirve de escalón y trampolín, y las cuarenta hormiguitas siguen ascendiendo, ascendiendo siempre, ascendiendo y resoplando, ascendiendo y gritando como una tribu delirante.

¡Pesas ya mis treinta y tres octubres! Me siento fuerte, me creo ágil aún, y soy un experimentado trepador de cerros del norte y del sur, del este y del oeste. Pero los doce años son una gloria escandalosa. Los niños me bandean como flechas, como gamos, haciéndome viento con sus motores radiantes y veloces. —¡El "profe" se queda! —¡Arriba "profe" que ya llegamos! Y los más gallos, plantados en el espinal del cerro, sudan y rien a un tiempo, lanzan a los aires su quiquiriquí de hombreritos y sienten bajo sus pies, sumisa y entregada, a la mole del Arequita que, sin duda alguna, también sonríe desde el fondo de su titánico corazón.

En la cumbre se realiza otro foro. Teníamos el valle a nuestra vista, un valle de loza y terciopelo, terso como la mejilla de una virgen. El Santa Lucía, a lo lejos, parecía un río de juguete. Las nubes pasaban lentas y majestuosas, enseñando sus hombros color miel. Los sembrados, en lontananza, señalaban la transformación

del antiguo escenario salvaje en un solar humanizado.

No interesa seguir detallando todo lo hecho y conversado, entonces, durante el paseo y en la recapitulación del paseo realizada en clase. Baste la mención de una provechosa experiencia cumplida en el laboratorio más ilustre y menos oneroso, en el único laboratorio donde puede trabajar el geógrafo y se puede comprender la geografía.

Aquellos niños no eran, por cierto, seres especializados. Eran simplemente niños, criaturas bellas, simples, sin deformaciones. Escuchaban ávidamente, contemplando los altos cúmulos, el curso superior de un río serrano y la tectónica arcaica del planeta.

Las explicaciones se hicieron empleando el lenguaje habitual, desechando los términos que suenan a insufrible pedantería. A los niños hay que hablarles con sencillez y gracia. Ellos comprenden igual. Comprenden siempre. Se prenden del pezón de las realidades con labios golosos, acatando al seno del mundo con manos maravilladas y candorosas. Frente a la naturaleza responden desde lo profundo, desde la originalidad y naturalidad del ser.

No olvidaré nunca la experiencia del Arequita. Fui a enseñar y aprendí. Ante el niño que se deslumbra e interroga de nada sirve la sabiduría de Emmanuel de Martonne o de Maximiliano Sorre. Hay que recrear el universo para satisfacer su ingenuidad tremenda y turbadora. Hay que convertirse en tierra y fuego, en lluvia y cauce, en brisa y musgo. Hay que ser —¿y que otra cosa puede ser el verdadero maestro? — algo así como un pequeño dios.

Saquemos una y otra vez al niño y al adolescente de las aulas. Llevémoslos a la naturaleza al campo puro, al reino de la abeja, del toro, del árbol, de la primavera. Que sepan el nombre propio de las cosas, que las vean por dentro, que sientan su latido, que oigan crecer la hierba y bramar a los animales, que descifren el alfabeto de la vida. Y que lo hagan en su patria, en su tierra firme y afirmadora, en el lugar donde duermen sus abuelos y donde sus huesos, cansados y victoriosos, también dormirán un día.

Si, es cierto, todo lo demás es necesario. Pero todo lo demás vendrá por añadidura.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



cornisa de la Gruta de los Corredores enmarca el valle donde, del tamaño de una hormiga, se divisa el ómnibus de la expedición.



Desde esta almena geológica se divisa el valle de color verde tierno y el curso superior del río Santa Lucía.



# CUADERNO DE BITACORA • GETULIO, "EL HOMBRE DEL CHARUTO"

**GETULIO** Vargas —Getulio, a secas, como en el Brasil se le conoce— era un hombre de pequeña estatura, muy ancho y hasta hinchado de pecho, hombros cuadrados, amplia sonrisa, ojos penetrantes, hablar reposado y —característica inconfundible— un enorme charuto (es decir cigarro puro) entre los dientes. Los que sospechan que estos grandes fumadores lo hacen por ocultar su nerviosidad, deben pensar en Churchill y Getulio, fumadores por placer. Si hicieran falta pruebas bastaría una: en la noche fatal del 23 al 24 de agosto de 1954, cuando se tomaban las decisiones finales y él ya tenía en su bolsillo la famélica y voceante carta de su suicidio, Getulio no fumó una sola vez. Los periodistas anotaban en la madrugada del 24, informando dos horas antes del suicidio: "Getulio no fumaba su acostumbrado charuto". No lo fumaría más.

Cuando a la hora 8 y 30 la Radio Nacional propagó, el 24 de agosto, la noticia del suicidio y los términos del billete dejado al señor Goulard, su amigo íntimo, hubo real y sincera consternación y unánime sorpresa. Nadie esperaba de un hombre tan frío un gesto tan ardiente. Ni se le suponía de ánimo vencido. Creo que no lo tuvo. Y hasta llegó a creer que el suicidio fue para Getulio una nueva faz de su larga batalla y de su porfiada demagogia. Debe haber creído en ella, cuando a la hora del desenlace final, escribió aquello de "Dejo a mis enemigos el legado de mi muerte; lamento no haber podido hacer por los pobres todo lo que deseaba hacer por ellos". Con estas sencillas e intencionadas palabras, Getulio no cerraba un paréntesis, sino que abría otro, y devolvía con refinado cálculo y singularísimo coraje la moneda de la diatriba sistemática esgrimida contra él y los suyos durante las dos últimas semanas de su vida. A la vez, dejaba en el corazón del

pueblo brasileño el indestructible mito de su apostolado. Esta mañana del 25 de agosto, en que escribo, después de asistir al denso y apasionado ceremonial popular que acompañó los restos de Getulio hasta el aeropuerto Santos Dumont, de donde han salido hacia San Borja, su tierra natal, compruebo que el mito de Getulio está ya en el alma popular. Quien califique a la enorme manifestación de hoy como "expresión política", se equivoca: fue una real demostración de pena, una despedida multitudinaria a alguien que los humildes creyeron su favorecedor y a quien ahora, con el sacrificio de su vida, entenderán como su abanderado.

Por eso, asigno al billete, no a la larga carta de Getulio, un significado único. La carta larga, a que me refiero, llena de acusaciones y argumentos, fue hecha con un pie en la vida. No era la definitiva. La firmó cuando aún estaba discutiendo el problema de su licencia o de su renuncia, lo que prueba que la tenía escrita desde antes. Como buen jugador, Getulio comprendió, eso sí, que esa noche tenía todas las de perder, y prefirió arriesgar la ficha definitiva, cubriéndola con un expresivo pagaré a la posteridad. "Ahora entro a la historia", termina dicha carta: no son los términos de un vencido: es la arrogancia de un vengador.

Me ha cabido la suerte de asistir a algunas experiencias trágicas en la política interna de varias repúblicas indoamericanas. El 18 de julio de 1949, yo estaba en Guatemala —y mi esposa había llegado la víspera a disfrutar de nuevo sosiego—. Ese día, poco después de las doce, ocurrió el aún inexplicable asesinato del jefe del ejército guatemalteco, coronel Francisco Javier Arana, hombre que, con Torriello y Arbenz, organizaron el triunvirato que presidió las elecciones en que venció Arévalo. Me hallaba en Habana, el 5 de agosto de 1951, cuando Eddy Chibás se pegó un tiro en el abdomen, en la sala de la radio desde donde transmitía su alocución dominical. Pero, este suicidio de Getulio ha sido diferente. Con el asesinato de Arana se iniciaba una nueva etapa en la política guatemalteca, rodeada, como en tales casos, de contradictorias circunstancias. Con el suicidio de Chibás, la diatriba contra el régimen de Prío Socarras y la corrupción de algunos funcionarios, adquiría un sello de autenticidad, que Batista cosecharía a corto plazo. Con el suicidio de Getulio se pone fin a una época y se sienta un precedente según el cual, la Presidencia de la República constituye también un riesgo, y la responsabilidad política puede llegar al extremo del propio sacrificio.

Recapitemos los hechos. Getulio había nacido en 1883. Su actuación política adquirió repentino vuelo, cuando, representando supuestos anhelos liberales y encarnando sobre todo la voluntad de los "gaúchos" de Rio Grande do Sul, se irguió contra la "oligarquía" de Washington Luiz, y conquistó la conciencia popular brasileña. No fue un hombre de doctrina, sino de oportunidades; pero de una gran fineza de tacto, de fría energía, de flexibles resoluciones, de instinto de mando. Poseía eso que los griegos llaman "carisma" y que no se aprende, sino que se recibe como inspiración y sin transferencia posible. Durante los quince años de su dictadura cometió grandes errores y cumplió terribles injusticias. Sus fanáticos no le tomaban en cuenta los fracasos sino los éxitos. Condujo al Brasil a una encrucijada, al decidirse por el Estado Unico, forma brasileña del estado fascista; se deshizo de los integralistas de Plinio Salgado con la misma *sans façon* que la de la Constitución de 1937, y adhirió a la causa de los aliados, en 1941, con el mismo ligero corazón con que había estado adscrito a las simpatías de Hitler y Mussolini. En todos los casos reclamó para su gente, beneficios. Fue el más sagaz, calculador y oportunista de los aliados que los Estados Unidos tuvieron en Sudamérica. Mandó tropas, pero obtuvo insigne ventajas de todo tipo. Al morir, empero, no obstante de seguir recibiendo ayuda de sus antiguos amigos (quienes miraron con simpatía su deposición de 1945, al subir la marea democrática), al morir, digo, Getulio ha dejado escritas alusiones sin velo casi que señalar a los Estados Unidos como adversarios de Brasil en el problema del café. De esta suerte, mantiene la memoria de Getulio su ambidextrismo: contigo y contra mí. En cuanto al juicio que él mismo formula sobre la época de su dictadura, basta recordar una frase de su carta mor-

tuaria: "Establecí la libertad social". El último adjetivo deja mucho que desear y más aún qué decir: un hombre de muy frío criterio tenía que ser el que, a la hora suprema distingue entre libertad política y libertad social, y, al mencionar ésta, omite aquello con lo que justificaba, sin decirlo, su autocracia de quince años. No es hora de matices la que sigue a un suicidio de tal magnitud. Getulio lo sabía bien.

Su ascenso al gobierno, por voto popular, en 1951, tuvo los caracteres de una reivindicación. Contra todos y con todos, pudo ser su divisa. Abominó de la dictadura, en la forma, y abrió la era de mayor libertad de prensa de que ha gozado el Brasil, pero, en cambio, él conserva la libertad de hacer lo que se le venía en gana. Así, hasta el 8 de agosto, al saberse en el país que el mayor de aviación Rubens Vaz había sido asesinado, al acompañar al periodista Carlos Lacerda, quien resultó herido en un pie. Ya he referido los portadores de este asunto. Debo añadir que no creo que él haya derribado el poder y la vida de Getulio. Ocurrió algo inesperado, que unido al clima político existente y al resentimiento de la Aeronáutica, produjeron la tragedia.

En una incursión espontánea y altanera que la Policía de Aeronáutica hizo en el Palacio Presidencial de Catete, se hallaron los archivos del jefe de la Guardia Personal del Presidente, un "teniente" Gregorio, de pésimos antecedentes. El archivo contenía cartas y fotocopias de documentos reservados, que demostraban cómo el teniente Gregorio y otros allegados al presidente intervenían en forma de indispensables compadres, como sobornadores y sobornados, en grandes negocios de la República. Aquello colmó la medida. Getulio había sido traicionado por su gente de confianza, eso es evidente. Lo había sido también con el crimen de la calle Toneleros, cometido por gente de su guardia personal, a la que disolvió. Pero aquello resultaba irrefutable y afectaba las bases morales del régimen. Getulio comprendió que, renunciante o con licencia, iba a rodar en un abismo de diatriba y hasta de innecesario deshonor. La solución política era lo de menos. Por eso, ya desde el domingo 22 había dicho que no saldría de palacio sino terminando su periodo o muerto. Para un hombre como él, para su prestigio, para su legado, no había ya otra salida. La encaro secreta y resueltamente.

Getulio había decidido facilitar toda la averiguación del atentado y asesinato de la Rua Toneleros. Aunque le afectó de veras la actitud de gente de su guardia personal, él sabía —y así lo aclararon públicamente desde el 17— que él y su familia nada tenían que ver en ello. Su responsabilidad directa estaba incólume. Pero quedaba la indirecta. Con todo, había excusas evidentes: si Getulio formó en 1936 una guardia personal, fue porque elementos integralistas infiltrados en la guardia de Catete, le dieron un golpe de Estado del que él salió triunfante defendiéndose a tiros y en persona. Lo terrible fue que el hombre de su confianza se mezclara tan sin recato en negocios de toda clase, usando el nombre de su amo, y que los documentos irrefutables los guardase Gregorio.



en su escritorio de palacio. Esta segunda campaña era la peor. Pero no bastaba. Fue su vicepresidente, antiguo adversario suyo, el señor José Café Filho, quien le puso en el tremendo borde a raíz de haberlo propuesto renunciar ambos. Con esto se abría el gobierno al presidente de los diputados para convocar a elecciones. El gesto de Café Filho era desinteresado y valeroso. Getulio lo rechazó. Implicaba su capitulación. Las tres soluciones de las fuerzas armadas (decididas a no salirse de la Constitución, pero a no permitir que continuase Getulio), implicaban el retiro de éste. A la renuncia se negó: a salir del país, con licencia, también: sólo aceptó al fin, la licencia por noventa días, pero el Ministro de la Guerra, Zenobio da Costa, le trajo a los generales (sesenta de cuerp presente) como una fórmula de renuncia y que "garantizo que él no volverá". Cuando Getulio supo esta expresión, por boca de su hermano, exclamó: "Una traición más". Pero ya tenía en el bolsillo la carta al pueblo, en que explicaba su suicidio.

Producido éste, ha ocurrido el poder, constitucionalmente, el vicepresidente Café Filho.

o

En la semana pasada, alrededor del 10, turbas exaltadas incendiaron una camioneta del diario "Última Hora", perteneciente a Lutero Vargas. Ayer, 24, otra poblada quemó una perteneciente a "Tribuna de Imprensa", diario de Carlos Lacerda, el mayor denunciante de Getulio. Sic transit gloria mundi.

La familia de Getulio se negó a aceptar aviones de la Fuerza Armada ni séquito militar en el entierro. Fue el pueblo el que condujo en hombros, desde Catete hasta Santos Dumont, el ataúd del caudillo. No hubo otro uniforme que el del ejército custodiando el orden. El ejército, que es popular aún, tanto como es impopular la Policía Especial.

Café Filho llamó al Ministerio de Aeronáutica al brigadier Eduardo Gomes, uno de los hombres más respetados en Brasil. Empero, una pequeña manifestación, salida del sepelio, gritaba: "Abajo el Brigadier". No lo queremos de Ministro. ¿Sic transit gloria mundi?

Antes de mediodía partió el avión de la compañía Cruz del Sur, devolviendo a su tierra "gaúcha" los restos de Getulio "o homen del charuto". Decenas de miles de mujeres y hombres (muchas mujeres) lloraban a lágrima viva. Se agitaron millares de pañuelos. Se supo que la hermana de Doña Darcy de Vargas, había fallecido de un ataque cardíaco al saber el suicidio de Getulio. La multitud se disgregó casi silenciosamente. Getulio Vargas, hombre enigmático, resuelto, firme y astuto, propugnador de un nacionalismo ad hoc, ha entrado, según sus propias palabras, en la historia. ¿Conservará ésta el recuerdo del dictador o del subsiguiente democrata? Quien sabe. En todo caso, nadie le disputará su puesto de caudillo. El Brasil, rehaciéndose de esta crisis, reemprende su camino hacia el futuro.

Luis-Alberto SANCHEZ.

Rio de Janeiro. — (Especial para EL DIA).



## Trate a tiempo su CUTIS SECO

No permita que esas pasaduras y asperezas — hoy casi invisibles — se conviertan en indeseables arrugas. Ellas son "las señales de alarma" con que el cutis denuncia su sequedad. Protégalo a tiempo con Crema Pond's "S". Creada especialmente para combatir el cutis seco, Crema Pond's "S" contiene lanolina — sustancia muy similar a los aceites naturales de la piel — un emulsionante de extraordinaria acción suavizante y está homogeneizada para su mejor absorción.

Comience hoy a tratar su cutis seco con Crema Pond's "S".

Antes de acostarse: después de una limpieza profunda con Crema Pond's "C", aplique en forma abundante Crema Pond's "S" sobre la cara y el cuello, dejándola si es posible — toda la noche.

Durante el día: extienda una fina capa de Crema Pond's "S" sobre el rostro. Su cutis, perfectamente protegido contra la sequedad, recobrará ¡muy pronto! su encantadora tersura.



# LA VUELTA

DIBUJO DE SIFREDI.

EL viejo Hernández le llevó el pedido de "la patrona" — su tía — de que volviera. Y él volvía, pues "no tenía nada que agradecerle" a la ciudad.

Al llegar se encontró con el velorio del tío. Llegó pues a acompañarlo por última vez. A su tía — la viuda — no entró a verla.

Cuando se fue tenía diez y seis años. Era menor de edad, pues. Y podían haberlo detenido si él — o ella — lo hubieran ordenado. Porque el tío era el tutor. Pero no. No pasó nada. Es decir "pasó" que se encontró con veinte pesos en el bolsillo.

—Estuve por darme vuelta — le contaba a Hernández — porque a lo mejor mi tía me los había puesto para hacerme prender por ladrón...

Pero las cosas pasaron de otro modo según Hernández se lo aclaró. Ella misma le había informado de esto, cuando le pidió que lo fuera a buscar.

—Ella vio cuando escondiste la muda de ropa y los botines... te puso la plata para que no pasaras hambre.

Era un niño cuando lo llevaron allí. Fue cuando murió su madre. Y fue la primera noche que le oyó decir a la mujer:

—Acostalo en el rancho largo... Aquí puede ver cosas que no le convienen...

Y se quedó solo — solito — en aquel rancho ladero del de la pareja, mitad granero y mitad cocina, llorando hasta que se durmió, acunado por el ruido que hacían los chanchos rasándose en los palos del chiquero que estaba tras pared.

Después, mañanas con heladas. Y veranos con los pies ardiendo, entamanzado hasta el mediodía, cuidando que los bueyes no se fueran a los sembrados, o días y días de otoño desgranando maíz marlo con marlo. O cosechando porotes de manteca caminando sobre las rodillas de no poderse parar luego del trabajo.

El tío, como un buey, obedeciendo. Era hombre porque tenía pantalones y bigotes. Siempre mirando el suelo. Flaco, que parecía estarse secando por dentro.

Ella no. Era una mujer ágil que parecía pisar en el aire. Salía poco de los ranchos. Cuando lo hacía se ponía unos lienzos volantes en la cabeza para defenderse del sol.

A él no lo miraba nunca de frente. Le daba las órdenes dura y breve.

—Andá a tal cosa... Hacé tal cosa...

Una vez él la miró de frente. Le encontró los ojos diferentes a la voz. Eran unos ojos con la mirada descansando sobre él, como una luz suave.

Y un día, haría dos o tres años — antes que él huera — pasó aquello en la cañada. Se estaba bañando con el agua hasta el ombligo cuando se encontró de golpe con la cara de ella que parecía estar sola — sin su cuerpo —, entre los juncos.

—¿Estás bañándote? le dijo, y sin esperar respuesta agregó:

—¡Qué cuerpo estás echando!

A las casas no llegaba nadie. Tampoco ellos hacían visitas. Al terminar la jornada él iba al rancho largo. Y ellos se quedaban allí tomando mate, callados y alejados entre sí. El con la cabeza echando la mirada sobre la pava que tenía entre las piernas. Ella de cabeza levantada, como buscando con la nariz un aire alto, o esperando ver aparecer algo desde lejos.

Volvía con dos o tres linderos. Cuando llegaron al alto divisaron el rancho del difunto. Ya habían quitado la bandera negra que indicaba el duelo. La costumbre quería que a la doliente la acompañaran los parientes tres o cuatro días. Al salir el último acompañante se quitaba la bandera. Era la señal de que el duelo había terminado. Se conocían casos de gentes que al otro día del sepelio quitaban la señal. Pero esto que ahora veían no se había visto nunca.

—¡Quiere estar sola ya!... ¡Qué mujer bárbara!...

El consideró la situación. Ir a la casa tenía que ir. A ofrecerse para algo. A saber qué pensaba hacer ella para saber lo que iba a hacer él.



Al llegar a la portera se cortó del grupo.

—Bueno, vecinos... ¡Vamos a ver por allá!...

Replicó Hernández:

—Me parece que poco vas a calentar el banco...

El agregó:

—Y... alguno habrá quedao con ella...

—¡Parece que no te animás a ir solo!...

\*

Ella estaba en la pieza donde estaba la cama en la que había muerto el hombre y otra más — la otomana matrimonial — y una silla con las ropas del difunto. Debajo los tamangos grotescos y las lonas de retobarse los pies.

Y como una afrenta otra silla con ropas de ella, blancas, azuladas de añil y frescas como si tuvieran una helada encima. Y al fin cuatro cajones con los candeleros y los restos de velas.

El entró y le tendió la mano.

—¿Viste cómo terminó?, dijo ella y agregó:

—Andá sacando todo. Menos mi ropa y la otomana...

Había terminado.

—Ahora quedate tranquilo... Voy a cebar mate...

La noche llegaba despacio vaciando la tierra de árboles y ruidos. Cuando ella llegó sólo se veían las luces lejanas de los ranchos.

Se sentó cerca de él. La sintió dejarse caer liberada de toda otra cosa.

—¡Ahora sí!, dijo como si hubiera terminado definitivamente con algo.

\*

La sentía respirar. Miraba hacia afuera pero veía la ropa aquella, blanca, fresca y dura, como con una helada encima, que tenía a la espalda.

Tal vez habían estado mucho allí, cuando ella sintió que podía decir — al fin — todo aquello que la había hecho tan cerrada y dura para los demás. Se dio cuenta — sin duda — que él estaba blando y dulce, ya sin el muerto y sus recuerdos, para oírle la revelación.

—... Cuando nos casamos ya no tenía naturaleza... Un buey le dio una patada allí, donde el hombre es hombre...

—... El creía que trabajando y guardando plata cumplía... al final yo ya no

podía verte ni oírte... Estaba acostada con él y me parecía que tenía el cuerpo prendido por dentro... No dejaba armar vecinos... Cuando te fuiste ya no podía más...

Dulces las palabras. Profundas. Estaba casi ronca, lenta y agotada.

Las luces de los ranchos se iban muriendo.

Ya no existía nada más que aquella voz que también iba muriendo quemada por la sangre de la mujer. Aquella ronquera que él — que sólo oía — también sentía dentro de sí, quemándole.

Y aquella ropa azul, fresca y blanca que estaba detrás de él como una cosa viva del rancho.

\*

Fue a los tres o cuatro días que salieron al campo siguiendo la yunta de bueyes y el arado.

La mañana estaba llena de sol, árboles y pájaros.

Ellos iban detrás del arado. Débiles y felices como dos convalecientes.

Juan José MOROSOLI.  
(Especial para EL DIA).



# VICENTE ECHEVERRIA PRADO, UN GRAN POETA MEXICANO



El poeta mexicano Echeverría del Prado.

VIVE en la ciudad de México, lejos del "mundanal ruido" en su torre de marfil, un gran portalira cuyo nombre gana terreno en el vasto campo de las letras. El es Vicente Echeverría del Prado, que no solamente es poeta, también es filósofo y músico. Su vigoroso talento, vuelca en cada uno de sus libros temas muy diferentes. Toda su producción lírica es evocativa y plena de exaltación mística. Sin embargo de los varios libros de poemas que tiene publicados, su obra literaria aun no es muy conocida ni comentada por escritores y críticos de los países situados al sur del río Bravo. Esto se debe, sobre todo, al poco o ningún intercambio intelectual que existe entre las naciones del mundo de Colón. Echeverría del Prado es profesor de matemática y de arquitectura, sin que esto le impida dedicarse a las bellas letras. "Su vida entrega largas horas del día a la cátedra de matemáticas superiores, después de las cuales y no obstante el esfuerzo que exigen, se enclaustra en su recogimiento, junto a su esposa y a su hijo, abandonándose a sus papeles y sus sueños, sin que nada perturbe la tranquilidad del milagroso refugio espiritual de su empresa. Sus distracciones son la música y el juego de pelota vasca, en el frontón. Es en la música un ferviente enamorado de los genios, y no transige con la mediocridad en ninguna de sus formas".

La producción poética de Echeverría del Prado comprende numerosos libros, entre los que destacan "Voces Múltiples", "Vida Suspensa", "De la Materia Suspirable", "Tallos de Abismo", "Perfiles Inviolados", "Lindero Amor", "En Tiempo de Gacela", "Ensayo de Realidad para un Sueño", "Con el Silencio en Cruz" y "Los Marfiles Furtivos". Muy pronto saldrá a luz un nuevo libro, cuyo título será "La Dicha Lenta". La labor literaria de Echeverría del Prado a partir de 1927, representa un esfuerzo estupendo y un maravilloso reflejo, no ya de un escritor, sino de un gran pueblo que se ufana en poseer una cultura propia enraizada en la civilización azteca y señalada por verdaderos valores representativos.

Alguien ha dicho, que un país sin poetas es como una casa sin luz. En verdad que los poetas tienen la misión de enervar nuestro espíritu, porque ellos cantan las glorias y grandezas de la patria, las bellezas de la tierra nativa, las alegrías del hogar, así como también sus penas, sus desventuras y sus desdichas. Los poetas sueñan, pero sus sueños encierran siempre la verdad. Los poetas siembran ideales, señalan rumbos y sus estrofas re-

bosantes de musicalidad son para el alma un rayo de belleza infinita, y una revelación de que aun hay todavía divinidad y excelencia entre los hombres. Bien dijo Emerson, que el poeta es el que dice, el que nombra, el que expresa la belleza. Ve fundirse, metamorfosearse las cosas y observar que en la forma de cada criatura existe una fuerza que le impulsa a elevarse a una forma siempre mejor. Por cierto que es halagador, que, en esta época de obsesante materialismo, en que por una ironía de la pseudocivilización, asistimos a la decadencia, o mejor diríamos a la deformación monstruosa de la música, de la danza, hay artefactos del divino verbo, esclarecidos aedas que en versos de inimitable factura nos regalen el mejor fruto de su pensamiento. "Mi poesía — dice Echeverría del Prado — quiere ser solamente poesía, juego de sombras en una cristalería imposible; sin melodrama, pero con drama y con melodía: el drama de la oscuridad que somos en la luz que tenemos cuando somos de estremecimiento o de sonrisa, y la música que nos invade cuando abrimos el oído a lo imperceptible. La poesía de hoy tiene que ser como el pensamiento moderno, más incorpóreo con lo que es y más dolorosa aunque con un dolor sin rencores, que se sienta, elegante y finalmente, a jugar en la mesa de las sutilizaciones, los juegos de un azar regocijado de pérdidas".

Los poemas de Echeverría del Prado tienen la diaphanidad, la transparencia y la dureza del cristal de roca. En todas sus imágenes hay precisión y exactitud. Enumerar las sonoridades finas y profundas que hay en las estrofas delicadamente cinceladas, sería tarea larga. Es suficiente leer uno que otro verso, en que hay originalidad, armonía y tonalidades orquestales, cual en Cadenas, en que el aeda dice:

*Pon en mis carnes un dolor distinto del que siembra la vida con su goce; quiero sentir, como el acanto el roce de los áureos cinceles de Corinto.*

*Quiero elevar la escala del instinto a la nota que el cuerpo desconoce, y hacer que arriba, su ascensión rebosa de almenas musicales mi recinto.*

"Designio Melódico", es otra página bella del libro "Los Mármol Furtivos", donde se leen estos versos:

*Desnudaré tu cuerpo con mis desolaciones, a la orilla del gozo que en mis manos te lagote para que te sumerjas en las mismas prisiones*

*de asfixia en que las cosas me van dejando solo, frente a mis propios pulsos en medio del lisote donde a un amor sin labios, ríos de sed linnolo.*

y de los problemas de la belleza; su rica producción lo destaca entre los más eminentes poetas mexicanos, y le confiere un lugar primerísimo en la poesía de España.

La poesía de Echeverría del Prado, como fruto de una poderosa inspiración es muy profunda e invita a pensar mucho. De ahí que no es ni puede ser destinada al común de las gentes. Ya el escritor mexicano Raúl Cordero dijo de este panida, que es dueño y señor de su lenguaje geométrico en donde el vocablo tiene su línea y su ángulo, para lograr siempre el teorema de la belleza, ya con la metáfora de oro que sale de su cerebro azul, ya con la musicalidad de las voces, juegos de derivación que a veces dejan el encanto de la música de cristales. Este poeta siente la necesidad de vivir un mundo que no sea el circundante. El lenguaje de este poeta ha sido trabajado con primor y embellecido por su elevación y singularidad. El prestigioso historiador Enrique de Gandía en el prólogo del libro de poemas

"Mármol Furtivos", ha hecho un análisis exhaustivo de la vida y obra de Echeverría del Prado de quien dice que se halla en la corriente moderna del viejo siglo de oro. Es el representante más puro — afirma — de las formas clásicas, y un psicólogo sutilísimo de las inquietudes del amor

y de América. Espíritu ejemplar, romántico y clásico, moderno en sus ideas, eterno en su manera y en su lengua. Místico de las emociones terrenas; positivo en la encarnación de sus sueños; ejemplo perfecto de hombre noble y superior, sensible a la sombra de una emoción, ha consagrado su vida a perseguir la belleza, la verdad y el bien.

Es claro que el credo, la conformación y la emoción estética de Echeverría del Prado no podían verse libres de la protervia de aquellos que gozan al echar piedras en el camino de los triunfadores. Los envidiosos, en otras partes, siguen de cerca o de lejos a los que surgen y se elevan por sus propios esfuerzos y, la maledicencia es más sañuda mientras mayor es la altivez, la rebeldía y la dignidad del envidiado. Por ello, Echeverría del Prado al romper lanzas contra los filisteos de la crítica mordaz dice: "Es tan antigua como las cosas la avilantez de que la canalla llame embustero al hombre que no se humilla ante los fenicios de la adulación, al que vigila celosamente su decoro con las torres de la veracidad, al que manifiesta sin tapujos su confianza en los valores inmortales, al que hace pública confesión de su fe en dios preconizando la resolución de gritar la salud cuando los ambientes de la vida se pudren, y al que yergue su soledad intelectual y emotiva proclamando la individualización del ser que sólo una norma del bien y de equilibrio ético son capaces de conferir, entre la baraúnda de los confabulados cuyo arrebajamiento constituye la más patente confesión de un delito, de una turbieza o de una inferioridad, al punto de que, trayendo a cuentas el fatal encadenamiento del gángster con el gángster, puede establecerse el principio — tema para un caudaloso ensayo de psicología del crimen y de las masas — de que la escala de las libertades va desde el criminal que no es dueño de ninguna por el temor que le hinca su garra continuamente y lo hace vivir supeditado, por fuerza, al criminal, con el eslabón del delito, hasta el santo en quien se realiza el "yo" con el más concreto y significativo síntoma de liberación".

No somos poetas ni críticos de arte, pero sí, admiradores de lo bello, lo que no nos priva de ensalzar el extraordinario poder creador del consagrado poeta Vicente Echeverría del Prado, que silenciosamente va llevando a efecto una grandiosa obra de cultura al enriquecer cada día el idioma que heredáramos de España.

Luis TERAN GOMEZ.

(Especial para EL DIA).

La Paz, Bolivia.





# PANORAMAS DE AMÉRICA

LA moderna visión, "desde las nubes", aviatoria y rauda, permite sin embargo el que se obtengan panorámicas de las ciudades, relativamente enteras, por el ojo de la lente fotográfica que opera desde ese mirador de los espacios. Pero aquella es la vista que se fija sobre el papel, para una perennidad que pudiera decirse artificial, para la imagen o la copia, distintas o diversas de la contemplación directa en la cual reposa el observador sobre los perfiles de una ciudad; calcula sus distancias; asiste a la geometría urbana; compara sus edades, entre los trozos antiguos y los que adelantan hacia el porvenir; se detiene, esteticista, en su gracia regular o en sus contornos originales.

Para el panoramista de avión las ciudades vistas desde la ventanilla casi siempre desfilan como una cinta de velocidades, y así advertidas, casi no se impresionan en el conocimiento. Para ilustrarlas en la memoria es necesario medirlas, y sólo un "viaje a pie", por sus avenidas y por sus plazas, por sus cuevas y sus encrucijadas, logra las visiones exactas, el acierto del estampista que siempre será un pintor, pero también, con frecuencia, tipógrafo.

Las ciudades, conocidas en sus detalles, reclaman también esa recomposición del panorama para la cual sirven las elevaciones naturales de la mayor parte de aquéllas, frecuentes en América, de modo especial en la del lado del Pacífico, en la que se recuesta en la cordillera andina y trepa, casi siempre, hasta los terrosos escalones de los montículos.

A Santiago de Chile se domina desde los cerros Santa Lucía y San Cristóbal, aquel de parques circulares, en rampas; de profusa estatuaría, y este de agrio ascender hasta su cima que también se corona de jardines. Santiago, una de las mayores ciudades de América, aparece entonces, ante la vista del distante e invisible vigía, con toda su área de apreciable latitud, con sus espacios verdes, con sus dilatadas avenidas, con sus edificios que fueran de tocar a las nubes, si se tratara de una urbe de recuestos y empinamientos, como la de San Francisco de Orito. Santiago casi ha vencido ya los recuerdos del colonialismo y en sus calles se respira un poco de aura europea que no aminora, desde luego, su carácter de ciudad de Hispano América.

Pero ya de este lado de los Andes, y en países que parecen entrarse en la cordillera, los panoramas resultan más difícilmente abarcables. La ciudad de Santa Fe de Bogotá ha dado un grande impulso a las indispensables líneas de la modernidad. Y, en viéndola a la luz de nuestro tiempo, se conviene en la verdad de esa filosofía de Masferrer, la del "mínimum vital" que aprieta el espacio, que determina la fuga del patio, que se eleva en los pisos superpuestos. Tiene Bogotá su mirador, el cerro de Montserrat, que sólo evoca nominalmente al monte serrado de los catalanes, desde el cual han de verse los barrios de la ciudad central y en casi disfundidos horizontes los de las nuevas rutas de la capitalidad colombiana que conserva, amparadas por amables candilejas de recuerdo, calles de española estrechez, como la de la esquina del centenario Camarín de Carmen, o guarda, sin violentos retoques, plazas como la de Bolívar, que no son las de un ambiente futurista.

A su lado, la de Caracas, puede ofrecerse ahora como el ejemplo de la dinámica

arquitectural que marcha para transformarlo todo. Es natural que viejas moradas como la de la Casa de Bolívar, se conserven en su neta medida de recuerdo, no obstante las inevitables reconstrucciones a las que han debido sujetarse. Pero de la Caracas de los siglos XVIII y XIX, ya queda muy poco, y destinado con seguridad, dentro de breve plazo, sólo a la memoria del aguafuerte o de la estampa literaria. Aquellas casas bajitas, de una sola planta, con los tejados rojizos; con la entrada cubierta, como de soportal; con el brevísimo patio de baldosas o de azulejos; con el saloncillo en donde había con frecuencia el pequeño clave; con la ventana de rejas a la que sostenía un estribo con dos asientos paralelos, ya van en destierro. Las fotografías de la víspera nos ofrecen una imagen de Caracas en viaje a la edad de los rascacielos. He allí una vereda en la que se muestran unas pocas casas de antaño, de las de las evocaciones de la Ifigenia o las Memorias de Mama Blanca de Teresa de la Parra, mientras, como en solución de continuidad, triunfan las líneas de la nueva aerodinamia, los pisos de la arquitectura que se ha llamado de "cajones"; las terrazas elevadas desde las panorámicas a las que nos referimos.

Por lo mismo, ese otro cerro jardinero de Caracas, El Calvario, se quedará en cada día, no obstante su altura, en menor competencia con los miradores de las terrazas.

Y desde este otro lado de América, Quito es la ciudad que menos se presta para ese alcance visual entero que es el del panorama. Desde el cerro incásico, el Panecillo, en donde antaño se levantó el templo del sol, se mira la ciudad antigua, con su tono blanco, como enjalteado, con sus torres desaparejas, con sus calles algunas tiradas a cordel y otras en breve sinuoidad, pero siempre estrechas; con sus arcos peñeros, con su dispersa y escasa estatuaría.

Para quien observase a la ciudad de Quito desde la cima de la Libertad, en las faldas del Pichincha, en donde se libró la batalla del 24 de mayo de 1822, la capital ecuatoriana parece longitudinal y plana, pero mirándola de más próximas alturas, por ejemplo desde la colina de San Juan, asiento del templo de la luna en el Incario, se descubren las líneas de su geometría diversa y variable, de su carácter sobre todo en el Quito céntrico, de ciudad que "se recuesta y se resbala", según la imagen del poeta colonial P. Juan Bautista de Aguirre. Nada hemos de añadir, por repetido, de lo ciertamente original de Quito, de las huellas españolas que aquí perduran, de los toques del barroco que asumen en iglesias y edificios civiles un retorcimiento propio de lo que se ha llamado el estilo quiteño.

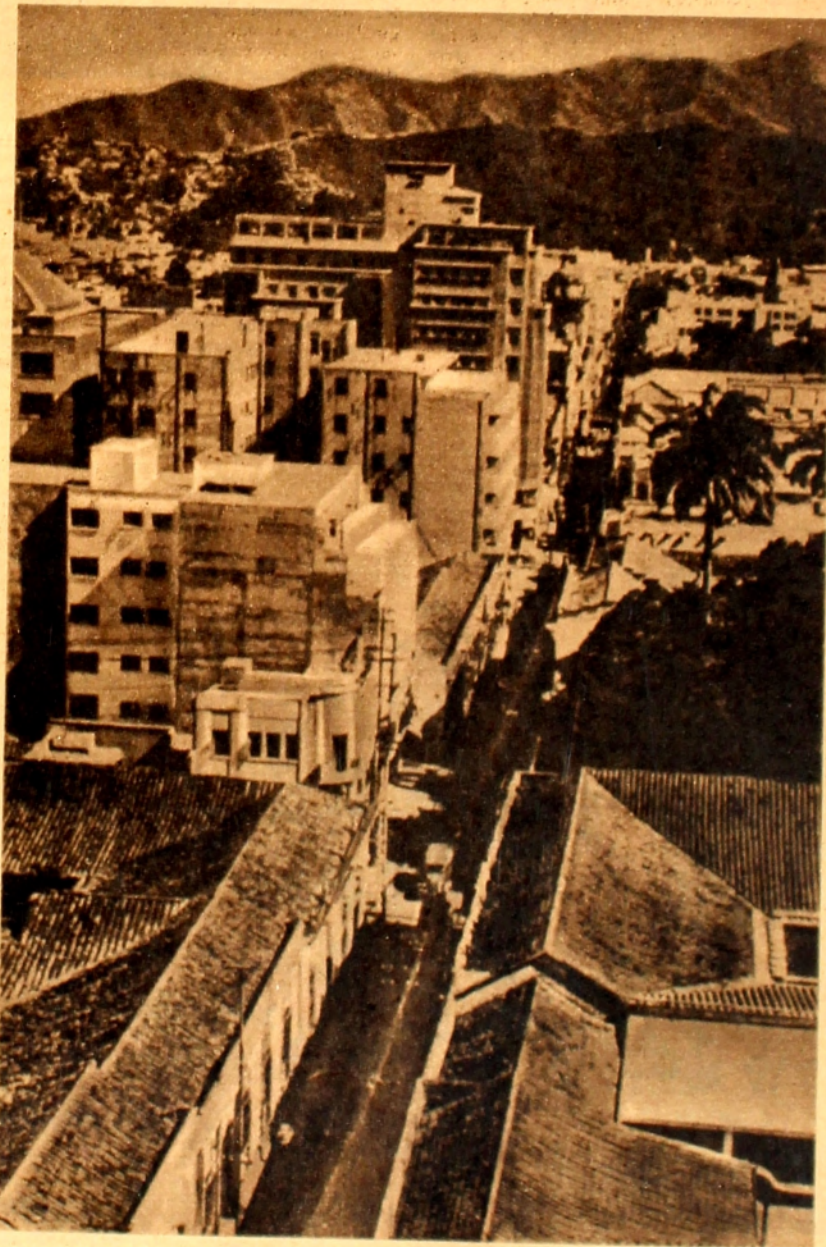
Quito, como circuida de un marco, de filos volcánicos y de terrosos perfiles de montículos y de cerros que se adornan con la guardia de los eucaliptos, es una ciudad encerrada. Es un valle en la altura, desde donde es posible descender, por recuestos, a otros valles como dependientes y consonos. Esta la razón geográfica para que no sea posible lograr la entera panorámica de la urbe quiteña, ni siquiera desde el ala del avión que cruce entre los altares de piedra de Pichincha.

Augusto ARIAS.

Quito, agosto de 1954.  
(Especial para EL DÍA).



Bogotá. El Camarín de Carmen.



Una calle principal de Caracas, con viejas y nuevas edificaciones.



Un trozo de Quito viejo, visto desde el Panecillo.





**UN** romano de la clase media — decía Hipólito Taine— podía imaginar a sus emperadores de la misma manera que concibe a un administrador de bienes propios un hombre de nuestro tiempo. Porque un emperador romano era “augusto”, y “sublime”, hasta “dios”. Conductor de lecciones. Filósofo. Poeta. O simplemente un vientre inmenso, y una carne excitada, gustadores de todo placer. Pero era igual-

mente función de ese "dios", o ese "augusto", evitarle al romano de la clase media, ciudadano de Roma, la inquietud azarosa del negocio. Y hacerle gratuito suministro de trigo, de vino, de aceite. Y ofrecerle comida suntuosa, bullicio de fiestas, estatuas y cuadros, y juegos de circo. Despertar cada mañana el gusto hastiado del romano con alguna sorprendente novedad. O hacerse histrión él mismo.



# AFRICA ROMANA: W

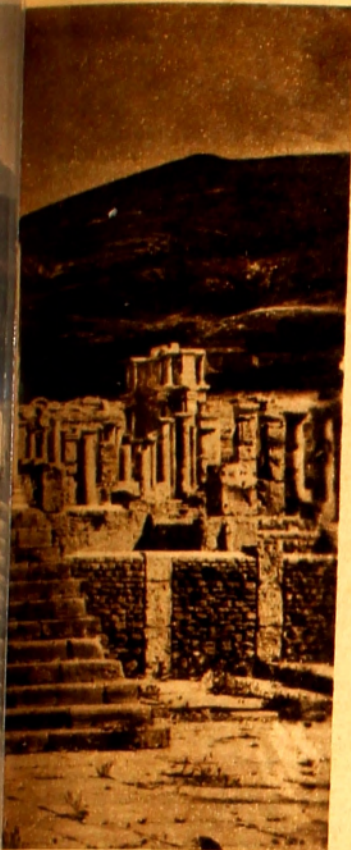
conductor de carros, gladiador o cantante,  
para el puro placer de ese mismo ciuda-  
dano de Roma.

Hay sin duda en el fondo de la aventura romana, en lo arisco de esa gran aventura creadora de un mundo, sin vallas la grandeza de su obra, un imperio que explota ambas orillas del Mediterráneo suyo, la tierra adentro también, en placer y provecho de cien mil ciudadanos de Roma. Porque a fondo explotaba lo externo, el reparto gratuito del pan, del aceite y del vino, se hacían posibles. Y posibles eran la hecatombe de fieras y de hombres que mataba el tedio en la inmensa oscuridad del Coliseo, las luchas de atletas en el circo, la carrera epiléptica de carros en la arena, la brillante pantomima permanente en la audacia suntuaria del Teatro Marcelo, los desfiles en armas, la púrpura, la orgía... Y el placer refinado de

las termas, lugar de la holganza como en el diálogo filosofante, o la conversación menuda, y del baño complejo y armonizable entre estatuas, y flores, y cosas. Todo lo hasta entonces inventado, caprichoso, dable, de cómodo, de bello, cuanto se basaba en el mundo de su tiempo, de su modo de ser, de magnífico, de exótico, al plan de esos cien mil ciudadanos de Roma que reinaba el César... que buscaba su placer y su aplauso. Y a fin de instalarlo, "recomendamente" a ese pueblo (en cuanto "romano" el "ciudadano" romano), formas antiguas y nuevas (la exuberancia trita que triunfa el gigantismo) la arquitectura inventa. Así se explica aquella Roma que, por que de esa Roma queda todavía; los edificios y la magnitud del Coliseo, los arcos de triunfo y las termas, las basílicas, los templos, las columnas de triunfo, las estatuas, los palacios, las calzadas, los teatros.

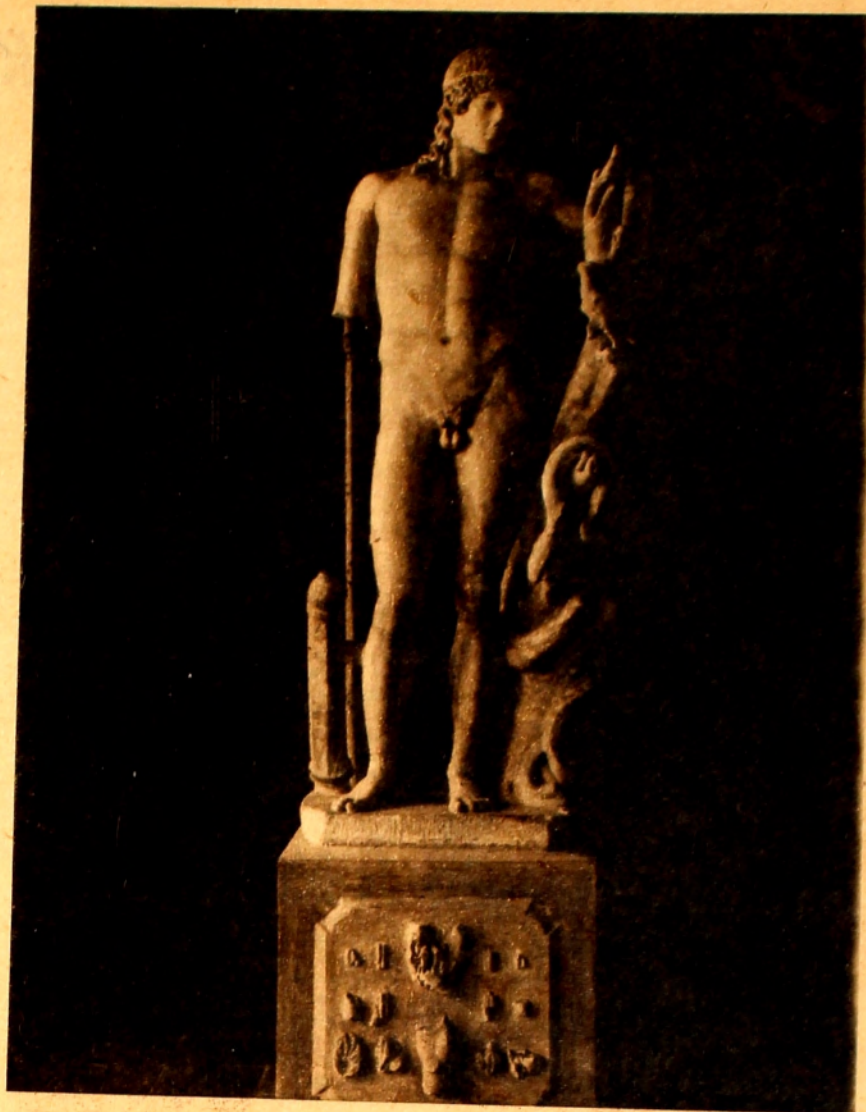






tumbres) que en el hombre de Francia, o en el hombre de España? Y, además, en su cuadro se encuentra el residuo, en su ambiente, en su modo. Como ante hombre idéntico se encuentra también. Un arlesiano ante el circo de Arles, o un puronimense ante el circo de Nîmes, o un representante un catalán en la ingente Tarragona, o un andaluz que contempla su Itálica, con uno y lo mismo, en su entraña, que este romano de hoy, en el seno de Roma, transiente todavía bajo el Arco de Tito, o mirada indiferente ante el Foro Trajano. Y esa es una parte del milagro de Roma. El cómo, después de veinte siglos, con el paso del bárbaro, la masa del tiempo que pesa, y la indiferencia (predilecta criatura de la madre costumbre), esa unidad perdura, en la entraña del hombre, a pesar de la costra que envuelve esa entraña, a pesar de las luchas y las dispersiones, a pesar de las fronteras guardadas por el gran fantasmón de las soberanías.

Pero la comprensión absoluta de la aventura romana no está precisamente en este mundo de semejanzas latinas, en la lógica de este residuo, de la unidad soterrada. Porque hay otro mundo enfrente. Y es el mundo africano. Todo él inquietud en estos días, campo de experimentaciones, larva de porvenir incierto. Y en ese mundo desembarca uno, en Argel, o en Orán, o en Túnez. Pantalla de ciudad a la europea. Asfalto, línea recta y rascacielo. Todavía una chilaba árabe flo'ante en la avenida inmensa. Pero más allá de la pantalla está el desierto. Con el caballo minúsculo, el camello cansino, el auto que pasa solitario entre nubes de arena... Y el árabe. Otro mundo, sin duda. Pensamiento y espíritu, leyenda y derecho, emoción y costumbres, que no vienen de Roma, pero vienen de Oriente. Un Oriente que se occidentalizó a su modo, sin dejar de ser Oriente. Y el residuo de Roma, sin



# Y JUSTIFICACIONES

masos acueductos... Había cien mil "ladanos" romanos en Roma. Y había una sin nombre. Una masa que existía igualmente a esa Roma, y explicaba bien a la otra.

Aunque no explicen todo, en la enorme muralla romana. Porque tienen también el lenguaje las ruinas romanas que no en Roma. Cuando, soldado, las encontras en Francia uno. Y aún las comprende en se cuando sigue la vía aureliana y va al "Trofeo de Augusto" en los que en Francia se asoman al mar, los circos de Nîmes y de Arles, o el de Orange, o Itálica, Cartago, Tarragona... Por que es "éste", en el forajuel" mundo. Y la misma tierra y queda, en todo, la garrá romana. ¿Qué ray de aquella Roma en el hombre Roma de hoy (pensamiento o es leyenda o derecho, emoción o cos-

embargo, aparece en seguida. Más intenso que en Arles, o en Nîmes, el Orange, Tarragona, o Cartago. Entre la ventallita actual de ciudad a la europea y el desierto del árabe, Djemila aparece, y es Cuicul de Numidia, la ciudad de Antonino. Y aparecen Timgad, y Cherchell, y Lambese. . . . que son aún Thamoudé. M'scuala y Iambaesís, sombras de Caracalla, de Septimio Severo, de Trajano, de Tito. . . y hasta de Justiniano. La garra de Roma está ahí. ¡Con qué golpe de garra! Toda una Roma de constructores en pie, allí donde no queda rastro espiritual de Roma.

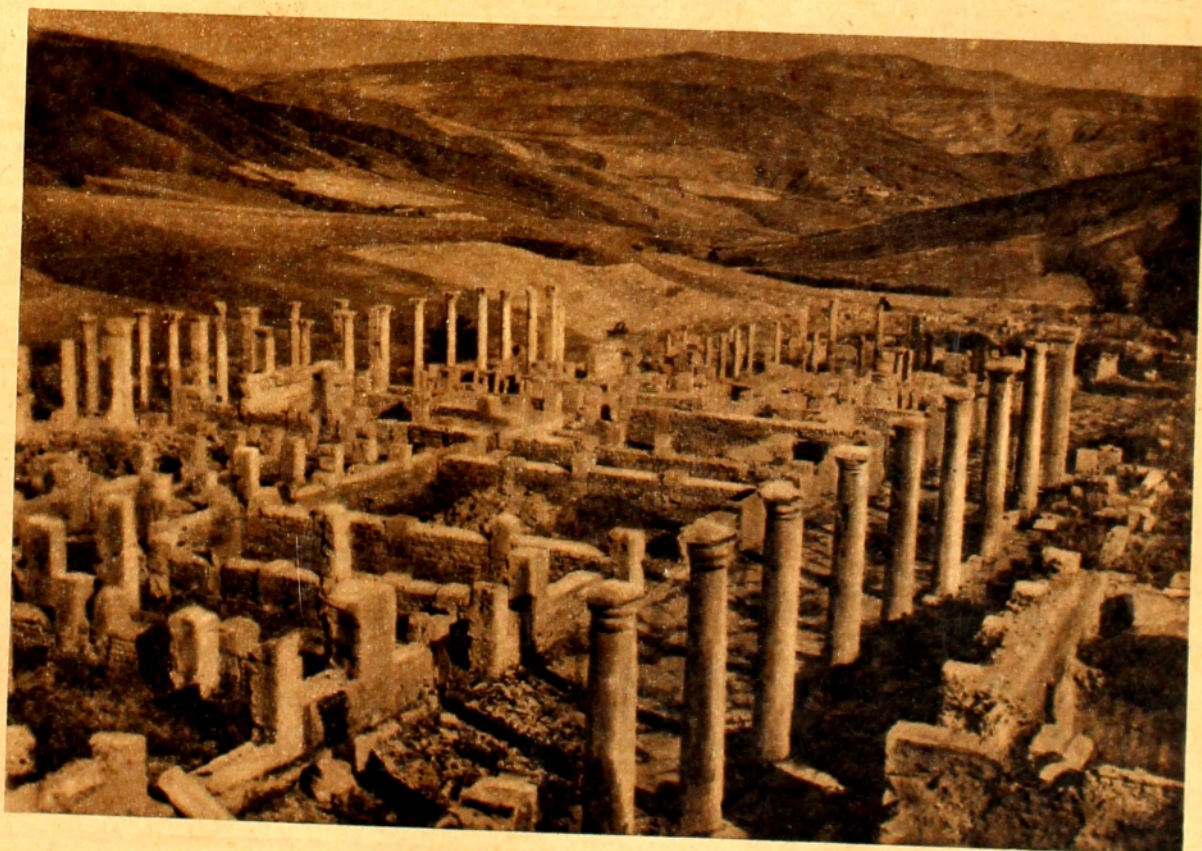
Y en absoluto se comprende la aventura romana. Que no estaba en los cien mil desocupados, ciudadanos de Roma, con su pan, y su aceite, y su vino, gratuitos, sino en la imponente capacidad creadora del romano que salía de Roma. El romano que explotaba para el festival permanente del

Imperio, pero sabía dar, y crear, fuera de la urbe misma, aparece en seguida. Y aún va más allá la lección permanente de estas ruinas africanas: arcos, teatros, templos, foros, y ciudades enteras de ignorado urbanismo, vecinas de la arena. Arquitectura leíds de lo simple, tien lejina en su esenria de la arquitectura griega. Arte "calculado" y sabia reflexión. Lo que queda en Diemila basta, y en Timeag, y en Cherehell, para ver de qué manera la aspiración a lo grandioso de esta arquitectura, a excitar la admiración, y el asombro también, es nada más, y nada menos, que instrumento de gobierno. Para com-

prender aún cómo gobernaba Roma exhibiendo grandezas materiales, cimientando el derecho a gobernar... y una "justificación" viviente del poder de gobernar, ¿Las legiones de Roma? ¿El arma que llega y se impone? ¿Cómo no? Pero es lo grande de Roma que si hubiese dado su confianza entera al arma, para dominar, no habría alzado Cuicul en los bordes del desierto, ni Thamugadi, ni Múscula... Y al alzar tal magnitud urbana, en esa magnitud más que en el arma había puesto su fe.

**J. B. TOLEDO.**

Marsella, 1954.  
(Especial para EL DIA).



*Resíduo de calle y columnatas en el Africa romana*



# ZORRILLA Y BATLLE



Monumento a la Declaratoria de 1825, en la ciudad de Florida.

**C**UATRO mil personas se reunieron en la Plaza Constitución de la ciudad de Florida, aquel 19 de mayo de 1879.

Muchas de ellas, de todos los puntos del país, se habían desplazado al lugar con los medios de transporte posibles, adhiriendo así a la ceremonia patriótica con que se descubriría la simbólica estatua de Ferrari, conmemorativa de la Declaratoria de la Independencia que se formulara allí, en agosto de 1825, por la Asamblea General de Representantes. El acontecimiento había sido precedido en el ambiente nacional por un concurso literario resonante, y en tal oportunidad serían dadas a conocer las producciones que obtuvieran por el jurado la Medalla de Oro y la Medalla de Plata, en presencia de los triunfadores...

Después del Himno Nacional, que puso el tono de emoción máxima en el acto, se recorrió el velo que cubría el monumento. Comenzó la oratoria.

Luego, el Dr. Alejandro Magariños Cervantes puso en el pecho de Aurelio Berro la medalla de oro, y en el de Joaquín de Salterain la de plata, por los respectivos poemas que fueron leídos a continuación, y aplaudidos. Se dirigió después, él mismo, a la concurrencia, expresando las razones

que había tenido el jurado para no premiar el poema "La Leyenda Patria", e invitó a su autor, allí presente, a que lo leyera.

Entonces, un hombre joven, de talla menuda, se adelantó.

Desde el primer instante ese hombre domina la escena, como orador alguno lo había conseguido; tiene pendiente de su voz, de la vibración de sus brazos, a la multitud que desborda la plaza...

Los renegridos cabellos, pronto desordenados, pobladas cejas y ojos incisivos, algo en todo él de prestancia y dominio, toca de no se sabe qué soplo mágico de las glorias pasadas a la reunida multitud, y le arrebató!

"Hay en esas estrofas espléndidas —dice el director del diario "La France"—, un aliento potente que no se halla en las composiciones rivales, un raro acierto en la expresión y las imágenes, y sea que fuese recitado con más espíritu que los otros, sea que la inspiración en ella fuera más elevada, confieso con franqueza que sobrepujará a todas cien codos." "El gentío, electrizado, no cesó de aplaudir..." "Se propuso allí mismo una inscripción para hacer acuñar una... (medalla de oro)". "¡Qué importa! El poeta tenía en el triunfo que acababa de conseguir, una de esas expresiones que constituyen época en la vida de un hombre. El había tenido por un momento a esa muchedumbre frenética, suspendida de sus labios y había celebrado esta fiesta con estrofas que no se olvidarán ya."

La escena espontánea, inusitada, desbordante de entusiasmo, que parecía no tener fin, provoca en el jurado y en los elegidos del certamen un sentimiento extraño, desorientador, aunque comprensible; y frente a aquella apoteosis que no era para él, el triunfador Aurelio Berro, en un gesto instintivo de nobleza, se quita del pecho la medalla que le fuera impuesta momentos antes y se adelanta significativamente hacia el Dr. Magariños, en el momento mismo en que éste le detiene, dirigiéndose al pueblo "para pedirle serenidad, cordura, respeto al jurado y a la fiesta que se realizaba"... "sin perjuicio de que hiciera más tarde y en debida forma, lo que fuera de su agrado". También se dirigió, nuevamente, a la multitud en el mismo sentido, pero ya como triunfador, quien había pasado a ser desde ese instante la figura central de la fiesta.

Este hombre es el mismo que, unos meses antes, en noviembre de 1878, aparece como fundador del diario "El Bien Público", "que ha bajado a la arena a defender la religión católica de los ataques de sus enemigos". Tiene 24 años de edad y se llama Juan Zorrilla de San Martín.

Había cursado sus estudios secundarios en aulas católicas de la Argentina y obtenido su título en la Facultad de Derecho de Chile.

Años después, en el 85, emigra a Buenos Aires huyendo de los desmanes del presidente Máximo Santos, y regresa después de la revolución popular del Quebracho, siendo electo diputado.

Pero en el 92, invistiendo entonces la representación diplomática de su país en Madrid cuando la conmemoración hispánica del 4º centenario del descubrimiento de América, este hombre, designado por los

representantes diplomáticos hispano-americanos, ha de ocupar nuevamente la tribuna, en medio de la imponente multitud que la magna oportunidad congrega, esta vez para hablar en el nombre de América...

"Y bien —dirá—, seré yo, pues así lo queréis y puesto que alguien de entre nosotros, los representantes americanos, ha de ser, seré yo, a pesar de todo, quien preste su voz a nuestra América que, efectivamente, necesita hablar, que quiere hablar, que nos hace señas imperiosas de que hablemos en este momento."

Juan Zorrilla de San Martín había nacido en Montevideo el 28 de diciembre de 1855, es decir, cuatro meses y días antes que Batlle.

Grande, como se sabe, era la distancia que separaba a uno de otro; distancia de preocupaciones, de enfoque de los grandes problemas, inmediatos o lejanos, de medios para realizar, de obra realizada, de filosofía, de creencias, de tantas cosas!

Pero unía a ambos la amistad, la consideración intelectual mutua y el amor a la patria.

Con frecuencia, andando el tiempo, aquel hombre menudo y nervioso que era Zorrilla, tocado de su levita y su galera, que no abandonara nunca, iba a visitar a aquel hombre grande y sereno que era Batlle, quien no usaba ya la decorativa vestimenta igual, dejada por el saco largo y el gacho corriente.

Ambos se habían iniciado en el periodismo en tiempos sombríos para el país, pero los móviles de uno y otro fueron distintos. Zorrilla ocupó la prensa "para defender la religión", su religión; Batlle lo hizo para combatir los desmanes de la época.

Nutridos en la misma cultura fundamental de entonces, Zorrilla sintió la necesidad de proclamar las ideas y creencias que venían, además, en su linaje; y así se trabó en polémicas filosóficas y doctrinarias sobre la iglesia, sus dogmas, su organización, tanto como sobre los acontecimientos de la historia que le afectarían, tal como la Revolución Francesa, puesta en el tapete, en una contienda periodística memorable, contra un periodista francés que la defendía...

En esto, puede decirse que Zorrilla, en su defensa de la religión, hizo política; Batlle, por su parte, de la política hizo una religión.

Fustigaba, como es sabido, el reiterado atropello a la ciudadanía, el desorden, el latrocinio oficializado; pugnaba por la libertad de prensa y la organización de su partido político tradicional, en el que ponía toda su fe. Atrás habían quedado en él las ideas y creencias comunes, recibidas en la niñez y la adolescencia, para dar paso inteligente al discernimiento y la razón.

Zorrilla dirá un día: "El Sr. Batlle es un fanático de la legalidad", y la frase hará camino.

En el exterior, el poeta durante más de diez años había representado con brillo al país, que el político ilustre denodadamente comenzaba a engrandecer. En 1905, siendo ya Presidente de la República, Batlle crea para Zorrilla, regresado de Europa, un cargo relevante: delegado del Gobierno ante el Banco de la República.

Con la reforma de la Constitución, ple-

biscitada en 1917, Batlle impulsa decididamente el progreso del país, en base a decisiones trascendentales: la separación de la iglesia y el Estado —la iglesia de la escuela—, por la que se garantiza la libertad de enseñanza y de cultos, y el abatimiento del poder presidencial, que también Zorrilla, periodista, había tenido que sentir, a través de un titulado, aunque en parte, por el gobierno colegiado, transaccional.

El escritor pondrá de pie a Artigas contra "La Epopeya".

Como antes había hecho surgir a los aborígenes en "Tabaré", donde su linaje hispánico, esta vez literario, es visible, Batlle juntará las "Resonancias del Camino de la Luz".

El Libro de Ruth. Sus "Discursos"...

Uno y otro, Batlle y Zorrilla, eran oradores, pero distintos. Zorrilla hablaba para exaltar; Batlle, para convencer. Por eso Zorrilla, como orador, daba a sus palabras tonalidades cambiantes, de expresivos efectos; el énfasis de Batlle, por su parte, estaba en la importancia de las ideas que exponía.

El poeta manejaba quimeras; el político las realidades. Aunque las quimeras fueran, a veces, rutilantes realidades para el espíritu, y aunque la realidad tuviera, a veces, perfiles de quimera.

Había un soplo quimérico, en efecto, en las realidades de Batlle, que se plasmaban en la legislación y en la obra pública, con gallardía de avances sociales; había realidades en las quimeras de Zorrilla, que escribía sus libros dando un sentido afirmativo de la nacionalidad.

Zorrilla exaltaba las glorias del pasado; Batlle trazaba derroteros para el porvenir. Zorrilla es el pasado glorioso; Batlle, el porvenir justiciero.

Zorrilla enaltece el sentimiento de la patria; Batlle enaltece a la patria.

Batlle hablaba a la inteligencia; Zorrilla al sentimiento.

Zorrilla es esencialmente español, por su cultura, sus ideas, su prosapia; Batlle descendiente de españoles, es un americano auténtico con sus ideas de libertad.

Así colmaron su vida uno y otro, hasta el que llegó el fin.

Cuando murió Zorrilla, el velatorio tuvo lugar en la Plaza Independencia. En un lugar de la plaza pública del interior, había empujado en realidad su vida. Junto al monumento a Artigas, que era en parte obra suya, arrojaban los cirios bajo el cielo cubierto de estrellas.

En el Palacio de las Leyes había tenido lugar, dos años antes, las exequias de Batlle, mientras una música que parecía sagrada resonaba en el ámbito de mármol, por el que el pueblo desfilaba sin cesar, con el sentimiento de que le sucedía una gran desgracia.

Un cuarto de siglo después, la multitud ciudadana que le sigue aumenta. El es el conductor. La multitud es la misma cuyo clamor Batlle oía e interpretaba, que hoy oye e interpreta su Partido.

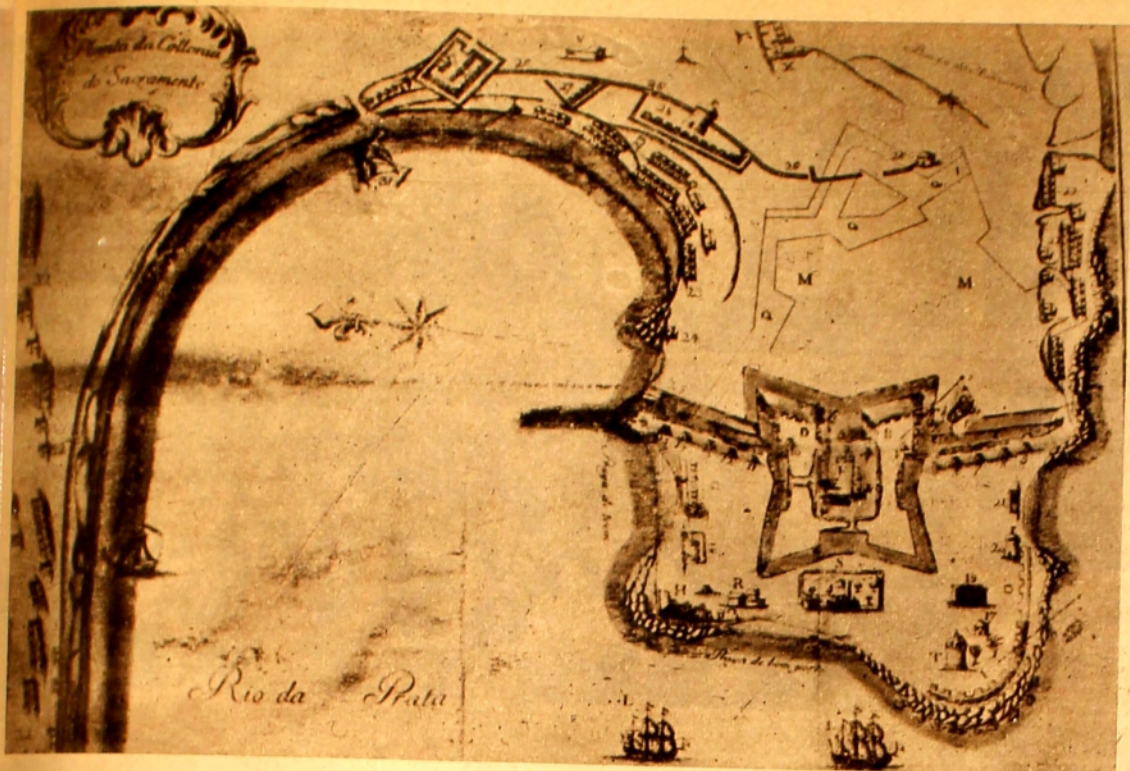
Clamor de justicia, de esperanza. ¡Clamor de lucha!

Enrique Ricardo GARET. Especial para EL DIA.



Fue descubierto el monolito, obra de Edmundo Larrarte, que perpetúa la memoria de Francisco Antonio Maciel, emplazado en la plazuela de Guayabo, entre Eduardo Acevedo y Tristán Narvaja, con la asistencia de autoridades nacionales y departamentales.





Plano de la Colonia del Sacramento. Período comprendido entre 1704-1722.

## LA ANTIGUA COLONIA DEL SACRAMENTO

DE los varios centenares de familias pobladoras que llegaron a nuestra Banda en el último cuarto del siglo XVIII, por desviación de su destino primitivo —que era el de Patagones— fueron, algunas de ellas, a ocupar el lugar dejado por los súbditos portugueses que habitaban en la Colonia del Sacramento, y que por el Tratado de San Ildefonso de 1777, pudieron regresar a sus patrios lares, perdida la vinculación política, aunque quizá, no afectiva, con el lugar.

Aquí, en la Colonia del Sacramento, también la autoridad soberana se interpuso una vez más a los propósitos de su brillante general, el entonces primer virrey del Río de la Plata, don Pedro de Cevallos, y la ciudad quedó así, a medio destruir...

Algunos viajeros de ese siglo XVIII, nos han dejado testimonio preciso de esa ciudad lusitana enclavada en la Banda Oriental, como prueba y consecuencia a un tiempo, de la ardorosa disputa territorial sostenida entre España y Portugal, por estas tierras coloniales. Así, un célebre y destacado viajero, el marino español don Francisco Millau, nos proporciona la visión de esta población, tal cual era en el último decenio de su vivir lusitano. Dice de ella: "Su fundación es en una punta de tierra que avanza para el Río, formando para el Oeste una ensenada retirada para adentro y muy abierta, que sirve de puerto a los navíos y demás embarcaciones que fondean arriadas a la banda del Este, y algo abrigadas del Sudeste, con ésta y la ciudad que está situada en el extremo de ella". Hasta aquí, como vemos, hace Millau, la descripción geográfica del lugar en que está emplazada la Colonia del Sacramento, para luego continuar con la del propio centro poblado, expresando entonces: "Su población es reducida, con buenas casas de fábrica alta, y regulares edificios". Una linda visión, desde luego. Termina diciéndonos que la ciudad está amurallada, tal como corres-

ponde a una población, que ha nacido en territorio equivoco, y destinada a afrontar los ataques por mar y tierra —preferentemente por esta última— de sus rivales españoles. "Está cerrada —dice— de murallas sencillas hacia el Río, y más fortificadas del lado de tierra. El solo terreno que posee, es como de un cuarto de legua en el estrecho que prosigue en la ciudad hasta donde empiezan a formarse las ensenadas que de uno y otro lado, continúan la costa. La salida de esta angostura para la campaña está enteramente cerrada a los portugueses con una fuerte palizada, que llega de una a otra ensenada hasta el agua. Hay siempre de guardia en este cordón un destacamento de tropa, que hace parte de un cuerpo grande de la guarnición de Buenos Aires, que se halla acampado en una altura, a media legua poco menos de la Colonia, con el fin de mantener un continuo bloqueo de esa ciudad".

Es el famoso "Campo de bloqueo", o Real de San Carlos, desde donde se ejercía por parte de los españoles, y con fuerzas de Buenos Aires, la permanente vigilancia, de esta población lusitana encerrada en tan estrechos límites, por lo cual, no nos sorprende que diga Millau: "Se halla esta plaza reducida a excepción de algunas carnes que se les permite comprar en las inmediaciones a su Gobernador para su diario, y el de alguna otra gente principal, a recibir sus mantenimientos por el mar que los traen de Río Janeiro o Santa Catalina varias embarcaciones de diferentes portes". Original situación, la de esta ciudad, como vemos, y que se mantuvo por otra parte dentro del estricto límite del derecho, porque como lo destaca el historiador doctor Felipe Ferreiro, en "Orígenes uruguayos", no sólo las autoridades estaban empeñadas en su mantenimiento, sino el interés económico de los particulares, diciendo: "Si la interesada diligencia de los mismos vecindarios no se muestra severa en el cuidado de la aplicación de las bases de Utrecht relativas al límite de Co-

lonia: ¿se hubiera contenido —por ventura— el portugués arrinconado en la extensión reducidísima del tiro de cañón?"

Contrastando con su panorama terrestre tan limitado, la Colonia del Sacramento portuguesa, ofrecerá en ese entonces, un abigarrado panorama en su bahía, y así continúa Millau: —"Se ve continuamente en su puerto algún navío o fragatas, como muchos bergantines, y goletas y zumacas, cuyo número parece exceder del que sólo necesita, así, para la conducción de sus víveres, como por no debérseles consignar ningún retorno, respecto de no tener producciones por sí, ni comunicación de comercio abierto con posesiones de Buenos Aires y Montevideo, y saberse las precauciones que toman éstas para impedir toda introducción al ilícito".

"Pero como no son éstas, suficientes para embarazar del todo este último, no dejan de emplearse siempre aquellos buques grandes, con bastante carga de muchos géneros apreciables, que consigue esta población recoger, poco a poco, de aquellas otras vecinas suyas por diferentes modos".

De ahí, que no pueda extrañar las cantidades fabulosas a que alcanzaba su contrabando, y la prosperidad material de esta ciudad, y la de todos los particulares que intervenían en este tráfico ilícito.

En tiempos anteriores a este testimonio, y más propicios, los portugueses contaban con mayor extensión de tierra en costa firme, y con las islas próximas. En la de San Gabriel habían tenido sus huertas y casas de placer "con varias especies de frutales y flores que recrean la vista y el olfato", según se lee en el libro de otro viajero, posterior a Millau, Tadeo Haenke.

No obstante el cerco estrecho y tenaz que implicaba para ella, el Real de San Carlos era, aún en las postrimerías del dominio portugués, una población próspera y altamente atractiva en su aspecto material.

Empero, después del 77, ella experimentó la crisis de despoblación, al tiempo que

Escudo portugués labrado en piedra, del representante de S. M. F. en la Colonia del Sacramento.



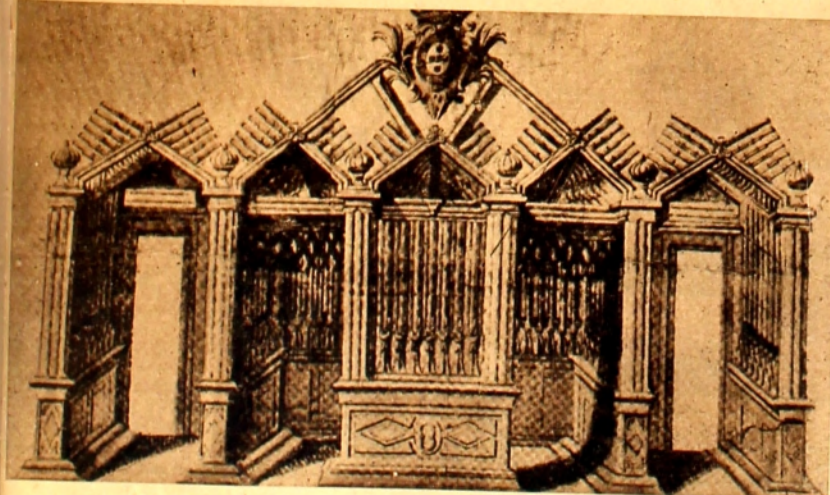
su, si no total, al menos importante destrucción material, y su lógica y consiguiente decadencia económica. El vergel que antaño era la isla de San Gabriel, ofrece al par que, desconsolador, el profundo abandono del hombre. "Más ya sus frutos se volvieron silvestres y las plantas europeas que allí plantaron se confunden con las espontáneas que como propias se producen con más abundancia. Los sud-caus, muchas plantas espinosas, matas y arbustos de muchas especies, confunden a los granillos, duraznos, nogales, almendros rosales, alielles, manutisas, y otras plantas que adornan los jardines. Existen las vallas de los yuyos y los cimientos de sus edificios, corrales, estanques, etc. Sin embargo, el sitio es agradable, la isla parece que nace de entre las ondas como otras que se divisan con el confluyente del Paraná, y entre sus amenos bosques se esconden muchos pajarrillos que recrean la vista con sus colores y el oído constantemente".

Y en lo que atañe a "la población —según Haenke— está medio arruinada; sus calles se componen en el día de pocas casas de piedra y muchos solares llenos de hierba, de murallones desmantelados; se presentan todavía ruinas y escombros; el campanario de torres, como esqueletos de la que fue Iglesia Matriz; parecería que esta ciudad paga la pena de la ambición portuguesa. Hállase pobre y atrásada, su vecindario reducido, los pocos edificios que existen son los que quedaban y libraron cuando llegó la orden de suspender la demolición. Después acá se repobló algo y el Rey a costa de su erario ha puesto algunos colonos".

De estas casas y de estos colonos, hemos de hablar en breve, entrando así y con ello, en la etapa auténticamente española de esta ciudad de Colonia que ostenta tan singular como heroica historia en la crónica pobladora de la Banda Oriental (1).

Flora y FAJARDO TERAN.  
(Especial para EL DIA).

(1) Las fotografías utilizadas han sido tomadas del trabajo del Arq. Fernando Capurro sobre "La Colonia del Sacramento".



Casa de Armas, de la Colonia del Sacramento.



Antiguo croquis de la Colonia del Sacramento.



# INFORMACION LOCAL



En el Ministerio de Salud Pública se realizó el acto de la entrega de "toca" a 23 alumnas de la Escuela de Nurses "Doctor Carlos Nery", ceremonia brillante y emotiva de un significado social trascendente. Muestran las fotografías: el estrado que presidió el acto; un aspecto de la concurrencia; y el coro de alumnas dirigido por el maestro Pahlen.



Regresó de Europa el doctor Luis Mattiada, presidente del Tribunal de Cuentas y de la Lucha Antituberculosa, quien con su distinguida esposa realizó un viaje de descanso al mismo tiempo que de estudio, por diversos países.



Despedida al doctor Arístides Piaggio, Jefe de los Dispensarios Móviles de la Lucha Antituberculosa, que en misión de estudio confiada por el Ministerio de Salud Pública y la Facultad de Medicina, asistirá en Europa a un congreso médico.



TOALLAS

**Nanduty**

PEDRO FERRES & CIA.  
División Textil

LA TOALLA  
PARA TODA  
LA FAMILIA



Comisiones de Fomento de las localidades costeras de Canelones, Maldonado y Rocha que trataron, con los técnicos de Vialidad y Catastro, los estudios de preparación del anteproyecto para la carretera interbalnearia Montevideo-Chuy.

El profesor Spencer Díaz ha iniciado en el Colegio "José Pedro Varela" el cursillo sobre el tema "El Iucismo".

**ESTODE**  
**OXIGENO MEDICO**

SERVICIO PERMANENTE DE URGENCIA

Ha ampliado y rebajado los costos de su sección:

CAMAS ARTICULADAS PARA ENFERMOS, COLCHONES DE GOMA, BALANZAS PARA BEBES, ETC.

YI N° 1250 esq. SORIANO

TEL. 8.66.31







Homenaje a Rómulo Gallegos realizado en el Paraninfo de la Universidad, celebrándose el 25º aniversario de la fecha de aparición de su novela "Doña Bárbara", una de las obras cumbres de la literatura continental.



El Ministro de Suecia, Sr. Gösta Hedengren, junto con un grupo de escolares que visitaron la exposición de "Los Países Nórdicos".

Sobrevivientes de la revolución del 1904 visitaron al Sr. Presidente del Consejo Nacional de Gobierno, don Andrés Martínez Trucba, presentándole un petitorio por el cual se beneficiaría a 130 ciudadanos ex-servidores del Estado en esa época.



El monumento que los españoles residentes en el Uruguay resolvieron donar con motivo de la celebración del primer centenario, se está terminando de instalar en la Avenida Agraciada, y será entregado el próximo 12 de octubre. En el Club Español el doctor Sánchez Mosquera historió en una interesante disertación el origen de la iniciativa.



Organizada por las legaciones de Suecia y la de Noruega, y el consulado de Dinamarca, se inauguró en el Museo Pedagógico una interesante exposición de fotografías, murales y pinturas de los países nórdicos, asistiendo muy calificado y numeroso público.

El pintor Robert Tatin, de paso por Montevideo, expone una muestra de su obra, por solo unos pocos días.





Una de las últimas fotografías de Maurice Ravel.



Maurice Ravel, "Doctor honoris causa" de la Universidad de Oxford (1931) acompañado de Sir Hugh Allen.

## MUSICA Y MUSICOS DE NUESTRO SIGLO

# MAURICE RAVEL

**A**UNQUE ya reconocido como uno de los músicos más importantes, durante toda su vida, la fama de Ravel ha ido creciendo desde entonces hasta ocupar un rango entre los creadores principales no sólo de la música francesa actual sino dentro del arte sonoro de todos los pueblos y tiempos. Así lo afirma Romain Rolland cuando escribe: "Siempre he tenido a Ravel —junto a Rameau y Debussy— por el más grande de los músicos franceses, y por uno de los artistas más insignes de la historia". Y así opinan hoy los músicos y los públicos melómanos de todos los países.

Con todo, la posición de Maurice Ravel dentro de la música contemporánea no es del todo clara. Fue él quien superó el impresionismo bello pero estéril de una sucesión debussiana. El quien comprendió la renovación de los valores musicales necesaria iniciándola, junto a Stravinsky y Falla, con un fuerte impulso rítmico doblemente necesario después de decenios de ausencia o casi ausencia del ritmo como elemento productor de sensaciones sonoras. El quien dio las espaldas al romanticismo agotado sin caer en los cálculos matemáticos de otras escuelas contemporáneas. El quien anheló la claridad de los clavecinistas dieciochescos sin volver a un rococó absurdo en el siglo XX. Es un neoclásico si sentimos el (a veces exagerado) afán de clasificarlo. Y su camino un luminoso ejemplo de evolución humana y artística.

Formó parte, en aquel París de la primera pre-guerra donde vive la bohemia más pura y encantadora, del grupo de los jóvenes renovadores. Es en aquel entonces que la siguiente escena tiene lugar que ilumina la situación mejor que largos capítulos eruditos: Manuel de Falla vuelve de su primera y decisiva entrevista con Durand, uno de los más importantes editores de música. Se encuentra con sus amigos bohemios dándole cuenta del éxito de su gestión. Había vendido en la fabulosa suma de 300 francos sus "Cuatro piezas españolas" para piano.

—Así que le dieron cincuenta francos más de los que recibí yo por mi cuarteto de cuerdas —dice Debussy, ya famoso.

—Es la misma suma que me pagaron a mí por mi "Aprendiz de Mago" —acota Dukas, igualmente cotizado ya.

—A mí —acota Albéniz— no me han querido pagar nada por la partitura de mi "Cataluña"...

—Y a mi cuarteto de cuerdas no lo tomaron ni siquiera regalado... —cierra tristemente Ravel la conversación.

Ocurrió esto por el año 1908. Ravel tenía entonces 33 años. Había nacido el 7 de marzo de 1875 en Ciboure, pequeño pueblo en los Pirineos franceses. Fuerte es allí la sangre vasca, y sensibles las influencias españolas. Amlas se harán sentir claramente en la música de Ravel. A los 12 años, ya en París recibe la primera enseñanza ordenada. En 1889 entra en el célebre Conservatorio de la ciudad Luz. Tiene la suerte de estudiar con Charles de Bériot, excelente músico y mayor pedagogo cuya frase el alumno guardará para siempre en la memoria: "La música ha de

ser cual latido de corazón, y no como golpear de metrónomo". En esa clase tiene como condiscípulo al futuro pianista español, Ricardo Viñes. Con todo, el comportamiento de Ravel no parece muy halagador porque cierto día el profesor ha de llamarlo "un criminal quien pudiendo ser el primero de la clase se conforma con ser el último". No ha sido Ravel el único mal alumno entre los genios de la música...

Luego entra Ravel en la clase de Chabrier, y es allí donde ve alentado su amor hacia la música española que tan profundas huellas dejara en su obra.

Tiene 17 años cuando los jóvenes músicos se estremecen al escuchar "La siesta de un fauno" de Debussy. Era inevitable

que Ravel y todos sus compañeros corriesen bajo el hechizo del impresionismo musical, encantamiento y ley de la hora; al mismo tiempo capta la importancia de los vanguardistas rusos, muy especialmente de Musorgsky (cuyos "Cuadros de una exposición" hará objeto de una magistral instrumentación para gran orquesta). En 1901 consigue su primer éxito público: es la coreográfica "Pavana para una infanta difunta" la que cautiva a los oyentes después de otras composiciones suyas han caído en desuso.

Y siguen ahora sus años más creativos: 1903, "Scheherazade", "Cuarteto de cuerdas"; 1905, Sonatina; 1906, "Historias naturales", y una gran polémica periodística en su alrededor; 1907, "Rapsodia española"; 1908, "Mi madre la oca"; 1909, "Daphnis y Chloé"; 1910, "El vals"; 1911, "El niño y la bruja"; 1912, "El niño y la bruja"; 1913, "El niño y la bruja"; 1914, "El niño y la bruja"; 1915, "El niño y la bruja"; 1916, "El niño y la bruja"; 1917, "El niño y la bruja"; 1918, "El niño y la bruja"; 1919, "El niño y la bruja"; 1920, "El niño y la bruja"; 1921, "El niño y la bruja"; 1922, "El niño y la bruja"; 1923, "El niño y la bruja"; 1924, "El niño y la bruja"; 1925, "El niño y la bruja"; 1926, "El niño y la bruja"; 1927, "El niño y la bruja"; 1928, "El niño y la bruja"; 1929, "El niño y la bruja"; 1930, "El niño y la bruja"; 1931, "El niño y la bruja"; 1932, "El niño y la bruja"; 1933, "El niño y la bruja"; 1934, "El niño y la bruja"; 1935, "El niño y la bruja"; 1936, "El niño y la bruja"; 1937, "El niño y la bruja"; 1938, "El niño y la bruja"; 1939, "El niño y la bruja"; 1940, "El niño y la bruja"; 1941, "El niño y la bruja"; 1942, "El niño y la bruja"; 1943, "El niño y la bruja"; 1944, "El niño y la bruja"; 1945, "El niño y la bruja"; 1946, "El niño y la bruja"; 1947, "El niño y la bruja"; 1948, "El niño y la bruja"; 1949, "El niño y la bruja"; 1950, "El niño y la bruja"; 1951, "El niño y la bruja"; 1952, "El niño y la bruja"; 1953, "El niño y la bruja"; 1954, "El niño y la bruja"; 1955, "El niño y la bruja"; 1956, "El niño y la bruja"; 1957, "El niño y la bruja"; 1958, "El niño y la bruja"; 1959, "El niño y la bruja"; 1960, "El niño y la bruja"; 1961, "El niño y la bruja"; 1962, "El niño y la bruja"; 1963, "El niño y la bruja"; 1964, "El niño y la bruja"; 1965, "El niño y la bruja"; 1966, "El niño y la bruja"; 1967, "El niño y la bruja"; 1968, "El niño y la bruja"; 1969, "El niño y la bruja"; 1970, "El niño y la bruja"; 1971, "El niño y la bruja"; 1972, "El niño y la bruja"; 1973, "El niño y la bruja"; 1974, "El niño y la bruja"; 1975, "El niño y la bruja"; 1976, "El niño y la bruja"; 1977, "El niño y la bruja"; 1978, "El niño y la bruja"; 1979, "El niño y la bruja"; 1980, "El niño y la bruja"; 1981, "El niño y la bruja"; 1982, "El niño y la bruja"; 1983, "El niño y la bruja"; 1984, "El niño y la bruja"; 1985, "El niño y la bruja"; 1986, "El niño y la bruja"; 1987, "El niño y la bruja"; 1988, "El niño y la bruja"; 1989, "El niño y la bruja"; 1990, "El niño y la bruja"; 1991, "El niño y la bruja"; 1992, "El niño y la bruja"; 1993, "El niño y la bruja"; 1994, "El niño y la bruja"; 1995, "El niño y la bruja"; 1996, "El niño y la bruja"; 1997, "El niño y la bruja"; 1998, "El niño y la bruja"; 1999, "El niño y la bruja"; 2000, "El niño y la bruja"; 2001, "El niño y la bruja"; 2002, "El niño y la bruja"; 2003, "El niño y la bruja"; 2004, "El niño y la bruja"; 2005, "El niño y la bruja"; 2006, "El niño y la bruja"; 2007, "El niño y la bruja"; 2008, "El niño y la bruja"; 2009, "El niño y la bruja"; 2010, "El niño y la bruja"; 2011, "El niño y la bruja"; 2012, "El niño y la bruja"; 2013, "El niño y la bruja"; 2014, "El niño y la bruja"; 2015, "El niño y la bruja"; 2016, "El niño y la bruja"; 2017, "El niño y la bruja"; 2018, "El niño y la bruja"; 2019, "El niño y la bruja"; 2020, "El niño y la bruja"; 2021, "El niño y la bruja"; 2022, "El niño y la bruja"; 2023, "El niño y la bruja"; 2024, "El niño y la bruja"; 2025, "El niño y la bruja"; 2026, "El niño y la bruja"; 2027, "El niño y la bruja"; 2028, "El niño y la bruja"; 2029, "El niño y la bruja"; 2030, "El niño y la bruja"; 2031, "El niño y la bruja"; 2032, "El niño y la bruja"; 2033, "El niño y la bruja"; 2034, "El niño y la bruja"; 2035, "El niño y la bruja"; 2036, "El niño y la bruja"; 2037, "El niño y la bruja"; 2038, "El niño y la bruja"; 2039, "El niño y la bruja"; 2040, "El niño y la bruja"; 2041, "El niño y la bruja"; 2042, "El niño y la bruja"; 2043, "El niño y la bruja"; 2044, "El niño y la bruja"; 2045, "El niño y la bruja"; 2046, "El niño y la bruja"; 2047, "El niño y la bruja"; 2048, "El niño y la bruja"; 2049, "El niño y la bruja"; 2050, "El niño y la bruja"; 2051, "El niño y la bruja"; 2052, "El niño y la bruja"; 2053, "El niño y la bruja"; 2054, "El niño y la bruja"; 2055, "El niño y la bruja"; 2056, "El niño y la bruja"; 2057, "El niño y la bruja"; 2058, "El niño y la bruja"; 2059, "El niño y la bruja"; 2060, "El niño y la bruja"; 2061, "El niño y la bruja"; 2062, "El niño y la bruja"; 2063, "El niño y la bruja"; 2064, "El niño y la bruja"; 2065, "El niño y la bruja"; 2066, "El niño y la bruja"; 2067, "El niño y la bruja"; 2068, "El niño y la bruja"; 2069, "El niño y la bruja"; 2070, "El niño y la bruja"; 2071, "El niño y la bruja"; 2072, "El niño y la bruja"; 2073, "El niño y la bruja"; 2074, "El niño y la bruja"; 2075, "El niño y la bruja"; 2076, "El niño y la bruja"; 2077, "El niño y la bruja"; 2078, "El niño y la bruja"; 2079, "El niño y la bruja"; 2080, "El niño y la bruja"; 2081, "El niño y la bruja"; 2082, "El niño y la bruja"; 2083, "El niño y la bruja"; 2084, "El niño y la bruja"; 2085, "El niño y la bruja"; 2086, "El niño y la bruja"; 2087, "El niño y la bruja"; 2088, "El niño y la bruja"; 2089, "El niño y la bruja"; 2090, "El niño y la bruja"; 2091, "El niño y la bruja"; 2092, "El niño y la bruja"; 2093, "El niño y la bruja"; 2094, "El niño y la bruja"; 2095, "El niño y la bruja"; 2096, "El niño y la bruja"; 2097, "El niño y la bruja"; 2098, "El niño y la bruja"; 2099, "El niño y la bruja"; 2100, "El niño y la bruja"; 2101, "El niño y la bruja"; 2102, "El niño y la bruja"; 2103, "El niño y la bruja"; 2104, "El niño y la bruja"; 2105, "El niño y la bruja"; 2106, "El niño y la bruja"; 2107, "El niño y la bruja"; 2108, "El niño y la bruja"; 2109, "El niño y la bruja"; 2110, "El niño y la bruja"; 2111, "El niño y la bruja"; 2112, "El niño y la bruja"; 2113, "El niño y la bruja"; 2114, "El niño y la bruja"; 2115, "El niño y la bruja"; 2116, "El niño y la bruja"; 2117, "El niño y la bruja"; 2118, "El niño y la bruja"; 2119, "El niño y la bruja"; 2120, "El niño y la bruja"; 2121, "El niño y la bruja"; 2122, "El niño y la bruja"; 2123, "El niño y la bruja"; 2124, "El niño y la bruja"; 2125, "El niño y la bruja"; 2126, "El niño y la bruja"; 2127, "El niño y la bruja"; 2128, "El niño y la bruja"; 2129, "El niño y la bruja"; 2130, "El niño y la bruja"; 2131, "El niño y la bruja"; 2132, "El niño y la bruja"; 2133, "El niño y la bruja"; 2134, "El niño y la bruja"; 2135, "El niño y la bruja"; 2136, "El niño y la bruja"; 2137, "El niño y la bruja"; 2138, "El niño y la bruja"; 2139, "El niño y la bruja"; 2140, "El niño y la bruja"; 2141, "El niño y la bruja"; 2142, "El niño y la bruja"; 2143, "El niño y la bruja"; 2144, "El niño y la bruja"; 2145, "El niño y la bruja"; 2146, "El niño y la bruja"; 2147, "El niño y la bruja"; 2148, "El niño y la bruja"; 2149, "El niño y la bruja"; 2150, "El niño y la bruja"; 2151, "El niño y la bruja"; 2152, "El niño y la bruja"; 2153, "El niño y la bruja"; 2154, "El niño y la bruja"; 2155, "El niño y la bruja"; 2156, "El niño y la bruja"; 2157, "El niño y la bruja"; 2158, "El niño y la bruja"; 2159, "El niño y la bruja"; 2160, "El niño y la bruja"; 2161, "El niño y la bruja"; 2162, "El niño y la bruja"; 2163, "El niño y la bruja"; 2164, "El niño y la bruja"; 2165, "El niño y la bruja"; 2166, "El niño y la bruja"; 2167, "El niño y la bruja"; 2168, "El niño y la bruja"; 2169, "El niño y la bruja"; 2170, "El niño y la bruja"; 2171, "El niño y la bruja"; 2172, "El niño y la bruja"; 2173, "El niño y la bruja"; 2174, "El niño y la bruja"; 2175, "El niño y la bruja"; 2176, "El niño y la bruja"; 2177, "El niño y la bruja"; 2178, "El niño y la bruja"; 2179, "El niño y la bruja"; 2180, "El niño y la bruja"; 2181, "El niño y la bruja"; 2182, "El niño y la bruja"; 2183, "El niño y la bruja"; 2184, "El niño y la bruja"; 2185, "El niño y la bruja"; 2186, "El niño y la bruja"; 2187, "El niño y la bruja"; 2188, "El niño y la bruja"; 2189, "El niño y la bruja"; 2190, "El niño y la bruja"; 2191, "El niño y la bruja"; 2192, "El niño y la bruja"; 2193, "El niño y la bruja"; 2194, "El niño y la bruja"; 2195, "El niño y la bruja"; 2196, "El niño y la bruja"; 2197, "El niño y la bruja"; 2198, "El niño y la bruja"; 2199, "El niño y la bruja"; 2200, "El niño y la bruja"; 2201, "El niño y la bruja"; 2202, "El niño y la bruja"; 2203, "El niño y la bruja"; 2204, "El niño y la bruja"; 2205, "El niño y la bruja"; 2206, "El niño y la bruja"; 2207, "El niño y la bruja"; 2208, "El niño y la bruja"; 2209, "El niño y la bruja"; 2210, "El niño y la bruja"; 2211, "El niño y la bruja"; 2212, "El niño y la bruja"; 2213, "El niño y la bruja"; 2214, "El niño y la bruja"; 2215, "El niño y la bruja"; 2216, "El niño y la bruja"; 2217, "El niño y la bruja"; 2218, "El niño y la bruja"; 2219, "El niño y la bruja"; 2220, "El niño y la bruja"; 2221, "El niño y la bruja"; 2222, "El niño y la bruja"; 2223, "El niño y la bruja"; 2224, "El niño y la bruja"; 2225, "El niño y la bruja"; 2226, "El niño y la bruja"; 2227, "El niño y la bruja"; 2228, "El niño y la bruja"; 2229, "El niño y la bruja"; 2230, "El niño y la bruja"; 2231, "El niño y la bruja"; 2232, "El niño y la bruja"; 2233, "El niño y la bruja"; 2234, "El niño y la bruja"; 2235, "El niño y la bruja"; 2236, "El niño y la bruja"; 2237, "El niño y la bruja"; 2238, "El niño y la bruja"; 2239, "El niño y la bruja"; 2240, "El niño y la bruja"; 2241, "El niño y la bruja"; 2242, "El niño y la bruja"; 2243, "El niño y la bruja"; 2244, "El niño y la bruja"; 2245, "El niño y la bruja"; 2246, "El niño y la bruja"; 2247, "El niño y la bruja"; 2248, "El niño y la bruja"; 2249, "El niño y la bruja"; 2250, "El niño y la bruja"; 2251, "El niño y la bruja"; 2252, "El niño y la bruja"; 2253, "El niño y la bruja"; 2254, "El niño y la bruja"; 2255, "El niño y la bruja"; 2256, "El niño y la bruja"; 2257, "El niño y la bruja"; 2258, "El niño y la bruja"; 2259, "El niño y la bruja"; 2260, "El niño y la bruja"; 2261, "El niño y la bruja"; 2262, "El niño y la bruja"; 2263, "El niño y la bruja"; 2264, "El niño y la bruja"; 2265, "El niño y la bruja"; 2266, "El niño y la bruja"; 2267, "El niño y la bruja"; 2268, "El niño y la bruja"; 2269, "El niño y la bruja"; 2270, "El niño y la bruja"; 2271, "El niño y la bruja"; 2272, "El niño y la bruja"; 2273, "El niño y la bruja"; 2274, "El niño y la bruja"; 2275, "El niño y la bruja"; 2276, "El niño y la bruja"; 2277, "El niño y la bruja"; 2278, "El niño y la bruja"; 2279, "El niño y la bruja"; 2280, "El niño y la bruja"; 2281, "El niño y la bruja"; 2282, "El niño y la bruja"; 2283, "El niño y la bruja"; 2284, "El niño y la bruja"; 2285, "El niño y la bruja"; 2286, "El niño y la bruja"; 2287, "El niño y la bruja"; 2288, "El niño y la bruja"; 2289, "El niño y la bruja"; 2290, "El niño y la bruja"; 2291, "El niño y la bruja"; 2292, "El niño y la bruja"; 2293, "El niño y la bruja"; 2294, "El niño y la bruja"; 2295, "El niño y la bruja"; 2296, "El niño y la bruja"; 2297, "El niño y la bruja"; 2298, "El niño y la bruja"; 2299, "El niño y la bruja"; 2300, "El niño y la bruja"; 2301, "El niño y la bruja"; 2302, "El niño y la bruja"; 2303, "El niño y la bruja"; 2304, "El niño y la bruja"; 2305, "El niño y la bruja"; 2306, "El niño y la bruja"; 2307, "El niño y la bruja"; 2308, "El niño y la bruja"; 2309, "El niño y la bruja"; 2310, "El niño y la bruja"; 2311, "El niño y la bruja"; 2312, "El niño y la bruja"; 2313, "El niño y la bruja"; 2314, "El niño y la bruja"; 2315, "El niño y la bruja"; 2316, "El niño y la bruja"; 2317, "El niño y la bruja"; 2318, "El niño y la bruja"; 2319, "El niño y la bruja"; 2320, "El niño y la bruja"; 2321, "El niño y la bruja"; 2322, "El niño y la bruja"; 2323, "El niño y la bruja"; 2324, "El niño y la bruja"; 2325, "El niño y la bruja"; 2326, "El niño y la bruja"; 2327, "El niño y la bruja"; 2328, "El niño y la bruja"; 2329, "El niño y la bruja"; 2330, "El niño y la bruja"; 2331, "El niño y la bruja"; 2332, "El niño y la bruja"; 2333, "El niño y la bruja"; 2334, "El niño y la bruja"; 2335, "El niño y la bruja"; 2336, "El niño y la bruja"; 2337, "El niño y la bruja"; 2338, "El niño y la bruja"; 2339, "El niño y la bruja"; 2340, "El niño y la bruja"; 2341, "El niño y la bruja"; 2342, "El niño y la bruja"; 2343, "El niño y la bruja"; 2344, "El niño y la bruja"; 2345, "El niño y la bruja"; 2346, "El niño y la bruja"; 2347, "El niño y la bruja"; 2348, "El niño y la bruja"; 2349, "El niño y la bruja"; 2350, "El niño y la bruja"; 2351, "El niño y la bruja"; 2352, "El niño y la bruja"; 2353, "El niño y la bruja"; 2354, "El niño y la bruja"; 2355, "El niño y la bruja"; 2356, "El niño y la bruja"; 2357, "El niño y la bruja"; 2358, "El niño y la bruja"; 2359, "El niño y la bruja"; 2360, "El niño y la bruja"; 2361, "El niño y la bruja"; 2362, "El niño y la bruja"; 2363, "El niño y la bruja"; 2364, "El niño y la bruja"; 2365, "El niño y la bruja"; 2366, "El niño y la bruja"; 2367, "El niño y la bruja"; 2368, "El niño y la bruja"; 2369, "El niño y la bruja"; 2370, "El niño y la bruja"; 2371, "El niño y la bruja"; 2372, "El niño y la bruja"; 2373, "El niño y la bruja"; 2374, "El niño y la bruja"; 2375, "El niño y la bruja"; 2376, "El niño y la bruja"; 2377, "El niño y la bruja"; 2378, "El niño y la bruja"; 2379, "El niño y la bruja"; 2380, "El niño y la bruja"; 2381, "El niño y la bruja"; 2382, "El niño y la bruja"; 2383, "El niño y la bruja"; 2384, "El niño y la bruja"; 2385, "El niño y la bruja"; 2386, "El niño y la bruja"; 2387, "El niño y la bruja"; 2388, "El niño y la bruja"; 2389, "El niño y la bruja"; 2390, "El niño y la bruja"; 2391, "El niño y la bruja"; 2392, "El niño y la bruja"; 2393, "El niño y la bruja"; 2394, "El niño y la bruja"; 2395, "El niño y la bruja"; 2396, "El niño y la bruja"; 2397, "El niño y la bruja"; 2398, "El niño y la bruja"; 2399, "El niño y la bruja"; 2400, "El niño y la bruja"; 2401, "El niño y la bruja"; 2402, "El niño y la bruja"; 2403, "El niño y la bruja"; 2404, "El niño y la bruja"; 2405, "El niño y la bruja"; 2406, "El niño y la bruja"; 2407, "El niño y la bruja"; 2408, "El niño y la bruja"; 2409, "El niño y la bruja"; 2410, "El niño y la bruja"; 2411, "El niño y la bruja"; 2412, "El niño y la bruja"; 2413, "El niño y la bruja"; 2414, "El niño y la bruja"; 2415, "El niño y la bruja"; 2416, "El niño y la bruja"; 2417, "El niño y la bruja"; 2418, "El niño y la bruja"; 2419, "El niño y la bruja"; 2420, "El niño y la bruja"; 2421, "El niño y la bruja"; 2422, "El niño y la bruja"; 2423, "El niño y la bruja"; 2424, "El niño y la bruja"; 2425, "El niño y la bruja"; 2426, "El niño y la bruja"; 2427, "El niño y la bruja"; 2428, "El niño y la bruja"; 2429, "El niño y la bruja"; 2430, "El niño y la bruja"; 2431, "El niño y la bruja"; 2432, "El niño y la bruja"; 2433, "El niño y la bruja"; 2434, "El niño y la bruja"; 2435, "El niño y la bruja"; 2436, "El niño y la bruja"; 2437, "El niño y la bruja"; 2438, "El niño y la bruja"; 2439, "El niño y la bruja"; 2440, "El niño y la bruja"; 2441, "El niño y la bruja"; 2442, "El niño y la bruja"; 2443, "El niño y la bruja"; 2444, "El niño y la bruja"; 2445, "El niño y la bruja"; 2446, "El niño y la bruja"; 2447, "El niño y la bruja"; 2448, "El niño y la bruja"; 2449, "El niño y la bruja"; 2450, "El niño y la bruja"; 2451, "El niño y la bruja"; 2452, "El niño y la bruja"; 2453, "El niño y la bruja"; 2454, "El niño y la bruja"; 2455, "El niño y la bruja"; 2456, "El niño y la bruja"; 2457, "El niño y la bruja"; 2458, "El niño y la bruja"; 2459, "El niño y la bruja"; 2460, "El niño y la bruja"; 2461, "El niño y la bruja"; 2462, "El niño y la bruja"; 2463, "El niño y la bruja"; 2464, "El niño y la bruja"; 2465, "El niño y la bruja"; 2466, "El niño y la bruja"; 2467, "El niño y la bruja"; 2468, "El niño y la bruja"; 2469, "El niño y la bruja"; 2470, "El niño y la bruja"; 2471, "El niño y la bruja"; 2472, "El niño y la bruja"; 2473, "El niño y la bruja"; 2474, "El niño y la bruja"; 2475, "El niño y la bruja"; 2476, "El niño y la bruja"; 2477, "El niño y la bruja"; 2478, "El niño y la bruja"; 2479, "El niño y la bruja"; 2480, "El niño y la bruja"; 2481, "El niño y la bruja"; 2482, "El niño y la bruja"; 2483, "El niño y la bruja"; 2484, "El niño y la bruja"; 2485, "El niño y la bruja"; 2486, "El niño y la bruja"; 2487, "El niño y la bruja"; 2488, "El niño y la bruja"; 2489, "El niño y la bruja"; 2490, "El niño y la bruja"; 2491, "El niño y la bruja"; 2492, "El niño y la bruja"; 2493, "El niño y la bruja"; 2494, "El niño y la bruja"; 2495, "El niño y la bruja"; 2496, "El niño y la bruja"; 2497, "El niño y la bruja"; 2498, "El niño y la bruja"; 2499, "El niño y la bruja"; 2500, "El niño y la bruja"; 2501, "El niño y la bruja"; 2502, "El niño y la bruja"; 2503, "El niño y la bruja"; 2504, "El niño y la bruja"; 2505, "El niño y la bruja"; 2506, "El niño y la bruja"; 2507, "El niño y la bruja"; 2508, "El niño y la bruja"; 2509, "El niño y la bruja"; 2510, "El niño y la bruja"; 2511, "El niño y la bruja"; 2512, "El niño y la bruja"; 2513, "El niño y la bruja"; 2514, "El niño y la bruja"; 2515, "El niño y la bruja"; 2516, "El niño y la bruja"; 2517, "El niño y la bruja"; 2518, "El niño y la bruja"; 2519, "El niño y la bruja"; 2520, "El niño y la bruja"; 2521, "El niño y la bruja"; 2522, "El niño y la bruja"; 2523, "El niño y la bruja"; 2524, "El niño y la bruja"; 2525, "El niño y la bruja"; 2526, "El niño y la bruja"; 2527, "El niño y la bruja"; 2528, "El niño y la bruja"; 2529, "El niño y la bruja"; 2530, "El niño y la bruja"; 2531, "El niño y la bruja"; 2532, "El niño y la bruja"; 2533, "El niño y la bruja"; 2534, "El niño y la bruja"; 2535, "El niño y la bruja"; 2536, "El niño y la bruja"; 2537, "El niño y la bruja"; 2538, "El niño y la bruja"; 2539, "El niño y la bruja"; 2540, "El niño y la bruja"; 2541, "El niño y la bruja"; 2542, "El niño y la bruja"; 2543, "El niño y la bruja"; 2544, "El niño y la bruja"; 2545, "El niño y la bruja"; 2546, "El niño y la bruja"; 2547, "El niño y la bruja"; 2548, "El niño y la bruja"; 2549, "El niño y la bruja"; 2550, "El niño y la bruja"; 2551, "El niño y la bruja"; 2552, "El niño y la bruja"; 2553, "El niño y la bruja"; 2554, "El niño y la bruja"; 2555, "El niño y la bruja"; 2556, "El niño y la bruja"; 2557, "El niño y la bruja"; 2558, "El niño y la bruja"; 2559, "El niño y la bruja"; 2560, "El niño y la bruja"; 2561, "El niño y la bruja"; 2562, "El niño y la bruja"; 2563, "El niño y la bruja"; 2564, "El niño y la bruja"; 2565, "El niño y la bruja"; 2566, "El niño y la bruja"; 2567, "El niño y la bruja"; 2568, "El niño y la bruja"; 2569, "El niño y la bruja"; 2570, "El niño y la bruja"; 2571, "El niño y la bruja"; 2572, "El niño y la bruja"; 2573, "El niño y la bruja"; 2574, "El niño y la bruja"; 2575, "El niño y la bruja"; 2576, "El niño y la bruja"; 2577, "El niño y la bruja"; 2578, "El niño y la bruja"; 2579, "El niño y la bruja"; 2580, "El niño y la bruja"; 2581, "El niño y la bruja"; 2582, "El niño y la bruja"; 2583, "El niño y la bruja"; 2584, "El niño y la bruja"; 2585, "El niño y la bruja"; 2586, "El niño y la bruja"; 2587, "El niño y la bruja"; 2588, "El niño y la bruja"; 2589, "El niño y la bruja"; 2590, "El niño y la bruja"; 2591, "El niño y la bruja"; 2592, "El niño y la bruja"; 2593, "El niño y la bruja"; 2594, "El niño y la bruja"; 2595, "El niño y la bruja"; 2596, "El niño y la bruja"; 2597, "El niño y la bruja"; 2598, "El niño y la bruja"; 2599, "El niño y la bruja"; 2600, "El niño y la bruja"; 2601, "El niño y la bruja"; 2602, "El niño y la bruja"; 2603, "El niño y la bruja"; 2604, "El niño y la bruja"; 2605, "El niño y la bruja"; 2606, "El niño y la bruja"; 2607, "El niño y la bruja"; 2608, "El niño y la bruja"; 2609, "El niño y la bruja"; 2610, "El niño y la bruja"; 2611, "El niño y la bruja"; 2612, "El niño y la bruja"; 2613, "El niño y la bruja"; 2614, "El niño y la bruja"; 2615, "El niño y la bruja"; 2616, "El niño y la bruja"; 2617, "El niño y la bruja"; 2618, "El niño y la bruja"; 2619, "El niño y la bruja"; 2620, "El niño y la bruja"; 2621, "El niño y la bruja"; 2622, "El niño y la bruja"; 2623, "El niño y la bruja"; 2624, "El niño y la bruja"; 2625, "El niño y la bruja"; 2626, "El niño y la bruja"; 2627, "El niño y la bruja"; 2628, "El niño y la bruja"; 2629, "El niño y la bruja"; 2630, "El niño y la bruja"; 2631, "El niño y la bruja"; 2632, "El niño y la bruja"; 2633, "El niño y la bruja"; 2634, "El niño y la bruja"; 2635, "El niño y la bruja"; 2636, "El niño y la bruja"; 2637, "El niño y la bruja"; 2638, "El niño y la bruja"; 2639, "El niño y la bruja"; 2640, "El niño y la bruja"; 2641, "El niño y la bruja"; 2642, "El niño y la bruja"; 2643, "El niño y la bruja"; 2644, "El niño y la bruja"; 2645, "El niño y la bruja"; 2646, "El niño y la bruja"; 2647, "El niño y la bruja"; 2648, "El niño y la bruja"; 2649, "El niño y la bruja"; 2650, "El niño y la bruja"; 2651, "El niño y la bruja"; 2652, "El niño y la bruja"; 2653, "El niño y la bruja"; 2654, "El niño y la bruja"; 2655, "El niño y la bruja"; 2656, "El niño y la bruja"; 26



# Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

UNA EXTRAÑA BANDA DE EGIPCOS HABÍA INVADIDO Y ARRASADO LAS SELVAS DEL CONGO... Y HEROT, EL JEFE, HABÍA SORPRENDIDO A TARZAN DE LOS MONOS.



Escuche en CX 32 todos los días de 12 a 14 horas el

## MEDIODÍA DE ORO

CARTELERA DE SETIEMBRE

Jazz Panchito Nolé y sus Swing Stars.

Típica Rogelio Coll "Garabito".

Margarita Romero y sus Guajiros.

Folklorista Alberto Moreno.

Pianistas Luis Pasquet y Panchito Nolé.

Guiarista Uruguay Zabaleta.



# Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

## NUESTRA OFERTA SEMANAL

CON ATRAYENTES OPORTUNIDADES PRIMAVERALES



### SECCION SEÑORAS

Bata de cama, en buen punto de algodón, colores blanco y salmón. Talles 46 al 52, c/u \$3.20



### SECCION TEJIDOS

Simil Lanas, Alpacas y Ottomanos para vestidos o trajes chaqueta, en todos los colores, ancho 0.90, el metro \$2.50



### SECCION HOMBRES

Camisa Sport manga larga, escocesa en tela simil lana, variedad de tonos. Talles 36 al 48, de \$14.50, c/u \$12.00



### SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR

Paños de cocina blancos con guarda de color, gran calidad, c/u a \$0.70



### SECCION NIÑOS

Chaleco para niños de 2 a 16 años, en punto de lang, 12 colores de rigurosa moda. Talle 2, c/u a \$3.30

Aumenta \$0.40 por talle



### SECCION FANTASIAS

Regio pañuelo de rayón de seda Italiano, en selecta variedad de dibujos y colores, al excepcional precio c/u de \$1.95

### CLIENTES DEL INTERIOR:

Compren en vuestros hogares, con la comodidad que les brinda nuestro servicio exclusivo de envío de muestras a todos los puntos de la República, solicitando las PRIMICIAS PRIMAVERALES que presenta nuestra sección Tejidos en Everglazes, Organzas, Encajes y Sedas lisas y estampadas. Soliciten muestras a nuestra Casa Matriz - Av. Agraciada 2302 esq. Marcelino Sosa.

Intervenga en la Audición "PASE POR LA CAJA" que se irradia Lunes, Miércoles y Viernes a las 12 y 30 por C X 16 RADIO CARVE conducida por Héctor Mayoral y Julio César Army.

AGRACIADA 2302 • GRAL. FLORES 2341 • 18 DE JULIO 1601